

# Revista de la CEPAL

*Secretario Ejecutivo*  
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de  
Desarrollo Económico y Social*  
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de  
Cooperación y Servicios de Apoyo*  
Robert T. Brown

*Director de la Revista*  
Raúl Prebisch

*Secretario Técnico*  
Adolfo Gurrieri

*Secretaria Adjunta*  
Rosa Nielsen



NACIONES UNIDAS  
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE  
SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1985

Revista de la  
**CEPAL**

---

Santiago de Chile

Número 26

---

**SUMARIO**

Nota de la Dirección	7
Crisis y desarrollo en América Latina y el Caribe. <i>Secretaría Ejecutiva de la CEPAL.</i>	9
Exposición presentada a la Reunión de Expertos sobre Crisis y Desarrollo de América Latina y el Caribe. <i>Enrique V. Iglesias</i>	59
La periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo. <i>Raúl Prebisch</i>	65
Las perspectivas de la evolución política y social de América Latina. <i>Torcuato Di Tella</i>	91
La transformación del modelo de industrialización en América Latina. <i>Klaus Esser</i>	103
El proceso de acumulación y la debilidad de los actores. <i>Víctor E. Tokman</i>	117
La crisis internacional y el desarrollo latinoamericano. Objetivos e instrumentos. <i>François Le Guay</i>	129
La recuperación de la hegemonía norteamericana. <i>María da Conceição Tavares</i>	141
Crisis, ajuste y política económica en América Latina. <i>David Ibarra</i>	149
Comentario	157
Carlos Massad: "El costo real de la deuda externa para el acreedor y para el deudor" <i>Revista de la CEPAL</i> N° 19, abril de 1983, pp. 185 a 197. <i>Observaciones acerca del análisis formal del servicio real de la deuda</i> (Roger Lindqvist y Soren Wibe) <i>Respuesta</i> (Carlos Massad)	
Publicaciones recientes de la CEPAL	158

## La periferia latinoamericana en la crisis global del capitalismo

*Raúl Prebisch\**

El capitalismo atraviesa una crisis profunda que deriva de las mutaciones sociales que trae aparejadas la evolución técnica y sus contradicciones. Dichas mutaciones se expresan en desequilibrios dinámicos que afectan el interior de los países centrales y periféricos, y las relaciones entre unos y otros. El examen de esos desequilibrios constituye el núcleo del artículo (capítulos II y III), que continúa con algunas reflexiones sobre la crisis de las ideas económicas convencionales (capítulo IV) y finaliza con algunos lineamientos de política para enfrentar la crisis actual.

Desde el punto de vista de la periferia, la superación del desequilibrio externo requiere tomar distancia con respecto a las recomendaciones que alientan los aperturismos comercial y financiero y poner énfasis sobre todo en la sustitución de importaciones a escala subregional y regional y el establecimiento de un nuevo marco general de renegociación de la deuda externa que implique una considerable ampliación de los plazos y reducción de las tasas de interés.

A su vez, el desequilibrio interno no podría ser dominado sin una transformación profunda de la apropiación, acumulación y distribución del ingreso mediante la regulación macroeconómica del excedente global a través de un proceso democrático en que participen todos los grupos sociales y, en especial, los que han quedado excluidos de los frutos del desarrollo. Se trata de un problema cuya solución teórica y, sobre todo práctica, es sumamente difícil. Pero no existe otro camino frente a la crisis ya que el juego de las leyes del mercado y la mera política monetaria han demostrado ser incapaces de afrontar con éxito perdurable los dilemas actuales.

\*Director de la Revista de la CEPAL.

## I

### Una visión global de la crisis

#### 1. *El vigor del capitalismo y su debilitamiento dinámico*

Estamos viviendo una crisis planetaria del capitalismo. La evolución de la técnica y sus consecuencias en la estructura de la sociedad, así como las contradicciones de aquélla, han traído consigo fenómenos nuevos y complejos, que no se habían dado antes en el desenvolvimiento del sistema y escapan ahora a las teorías elaboradas en la segunda mitad del siglo XIX. El capitalismo de nuestros días es, en efecto, muy diferente del de aquellos tiempos, así en los centros como en la periferia, partes integrantes del mismo sistema. No podríamos comprender esta crisis en el ámbito latinoamericano fuera del contexto global del sistema.

Después de extraordinarias tasas de desarrollo que no se habían dado antes en el capitalismo, el movimiento inverso es materia de gran preocupación. No pareciera que esas tasas volverán en lo que falta de este decenio y aun más allá. Hay pertinaz desempleo, a pesar de ciertos mejoramientos, y se ha tenido que retroceder en los servicios sociales y postergar, en el mejor de los casos, la aspiración de elevar los ingresos reales de grandes capas de la población.

¿Qué está pasando en el capitalismo? ¿Es que después de una enorme acumulación de capital, sobre todo en los centros, se ha perdido la notable capacidad expansiva que preveía hasta hace poco tiempo? Lejos de ello: creo que esta crisis es más bien la consecuencia del vigor del capitalismo, de sus incesantes innovaciones tecnológicas, de su aptitud probada de extender el bienestar material a grandes masas humanas.

Las mutaciones en la estructura de la sociedad y las relaciones de poder que acompañan a la evolución de la técnica, así como las contradicciones que ésta trae consigo en su ambivalencia, empujan al capitalismo de nuestros días a desequilibrios que no se habían dado en tiempos pretéritos.

En este trabajo mencionaremos dos desequilibrios fundamentales que vuelven vulnerable al excedente económico y por consiguiente al proceso de acumulación de capital reproductivo y

llevan a la postre a la crisis del sistema: el desequilibrio interno que influye adversamente sobre el ritmo de la acumulación en detrimento de la multiplicación del empleo, la productividad y el ingreso (de ello proviene la vulnerabilidad interna del proceso) y el desequilibrio en las relaciones entre los centros y la periferia, que ésta trata de corregir mediante la exportación de manufacturas, lo cual da origen a un fenómeno de vulnerabilidad externa del excedente económico.

A ello hay que agregar un fenómeno de gran importancia: la eliminación del patrón oro que caracterizaba al capitalismo pretérito. Ese patrón, con todas sus fallas, imponía una disciplina monetaria, la que no existe en el capitalismo contemporáneo, sujeto a las grandes vicisitudes del dólar en su doble papel de moneda nacional e internacional.

Disto mucho de pretender que mi explicación de la crisis sea exhaustiva. Me limito a subrayar la influencia de la técnica y sus contradicciones. Trátase de una presentación que, por ser esquemática, omite casos particulares y factores circunstanciales.

## 2. La vulnerabilidad interna del excedente

Me he referido primero a la acumulación de capital reproductivo. Se sustenta este proceso en la aptitud de ciertos grupos superiores de la estructura de la sociedad para captar y retener en sus manos gran parte del fruto del progreso técnico expresado en el incremento sostenido de productividad. Tal es la significación del excedente económico. Significación eminentemente dinámica puesto que el excedente ha sido y sigue siendo la fuente primordial de acumulación reproductiva.

No se trata solamente de captación de gran parte del fruto del progreso técnico sino de su persistente retención en esos grupos superiores. En efecto, el desarrollo capitalista no se ha caracterizado por la difusión social de este fruto, mediante el descenso de los precios correlativamente al aumento de la productividad; en el juego del mercado sólo se distribuye parcialmente a la fuerza de trabajo. Esto ha tenido consecuencias internas de gran importancia en la dinámica del capitalismo, en las cuales se manifiesta la crisis presente, pues el excedente se ha vuelto vulnera-

ble en detrimento de la capacidad expansiva del sistema.

En épocas pretéritas del sistema, el excedente parecía invulnerable. Y ahora comprobamos que sólo se trataba de una etapa en el desenvolvimiento del sistema o, si se quiere llamarla así, de una categoría histórica. La fuerza de trabajo era pasiva y se encontraba plenamente sujeta al imperio de las leyes del mercado; no se oponía al poder de apropiación de gran parte del fruto del progreso técnico por los grupos favorecidos. Y el Estado tampoco estaba movido por consideraciones redistributivas: era el Estado prescindente en lo que atañe al juego espontáneo del mercado.

El fortalecimiento progresivo del poder redistributivo de la fuerza de trabajo y del Estado expresa las mutaciones que acontecen en la estructura de la sociedad y en las relaciones de poder; a medida que evoluciona la técnica, penetra en esa estructura y adquiere impulso la democratización.

Se desenvuelve así una pugna distributiva que termina por debilitar el ritmo del excedente y con el andar del tiempo lleva a la crisis del sistema. Pero eso no es todo: la evolución de la técnica trae consigo también grandes contradicciones. Entre ellas las innovaciones tecnológicas que aumentan la cuantía de los mismos bienes y servicios, por una parte, y por otra las que los diversifican de más en más creando nuevas formas o nuevos bienes y servicios. Todo ello estimulado por las técnicas masivas de propagación social y comunicación.

Al debilitamiento del ritmo del excedente por la pugna distributiva se añade el incentivo persistente a consumir en desmedro de la dinámica del sistema. Surge de esta manera una tendencia creciente al desequilibrio entre el ritmo del gasto (incluidas las inversiones no reproductivas) y el ritmo de la acumulación reproductiva. Y esto afecta adversamente el ritmo de crecimiento del empleo, del ingreso y de la productividad.

La dinámica del sistema depende pues del crecimiento del excedente y éste, a su vez, se basa sobre la desigualdad social. Y cuando el desenvolvimiento del sistema trata de corregir esta desigualdad, termina vulnerándose internamente el excedente y se resiente el ritmo de acumulación reproductiva con serias consecuencias dinámicas. Obviamente, si el progreso técnico acrece la

producción, es para consumir más. Allí no radica el problema, sino en la tendencia del consumo a crecer con celeridad mayor que la acumulación.

### 3. *La vulnerabilidad externa del excedente*

También era invulnerable el excedente gracias a la pasividad de los países de producción primaria. Por la misma dinámica del sistema no había llegado a ellos la industrialización en aquellos tiempos pretéritos. Así se ha configurado la periferia en el sistema global del capitalismo.

Fragmentada la periferia, sin dinámica propia, grandes masas de su población quedaban al margen del desarrollo. Pero la periferia se está industrializando y ha conseguido exportar manufacturas de técnicas relativamente menos avanzadas que compiten con las de los centros, gracias sobre todo a precios inferiores. Se inicia así una incipiente vulnerabilidad externa del excedente que si bien no alcanza dimensiones importantes, agrava las consecuencias de la vulnerabilidad interna.

Frente a esta vulnerabilidad externa, que apenas comienza, los centros acuden a restringir de diversa manera las importaciones provenientes de la periferia. Y privan a ésta de los recursos necesarios para satisfacer su demanda creciente de importaciones de bienes diversificados y técnicamente avanzados que la periferia no podría aún producir debido al retardo histórico de su industrialización o por carecer de recursos naturales para los insumos de tales bienes. De esta manera, la tendencia hacia el desequilibrio dinámico exterior se agrega a las consecuencias del desequilibrio interno de la periferia en detrimento de la intensidad de su desarrollo.

En verdad, con una productividad más baja que la de los centros, la periferia tiende a imitar sus formas de consumo, sobre todo de aquellos bienes técnicamente avanzados. Los países latinoamericanos distan mucho de ser austeros, por donde la tendencia al desequilibrio interno es más pronunciada que la que existió en los centros en una etapa similar de su desarrollo. Ambos desequilibrios están estrechamente vinculados.

### 4. *El desperdicio de recursos productivos*

Ni los centros, ni mucho menos la periferia, han

logrado atacar con acierto el desequilibrio dinámico interno. Este desequilibrio desemboca a la larga en un nuevo tipo de inflación que no se presentaba en el capitalismo pretérito y que no cabría tratar ahora con el instrumento monetario.

Es un instrumento anacrónico: provoca o acentúa el desempleo sin corregir los factores fundamentales del desequilibrio. No ha de sorprender entonces la tesis peregrina según la cual es necesario mantener persistentemente un coeficiente apreciable de desempleo para atenuar la pugna distributiva. O sea, para retroceder a aquellos tiempos en que la fuerza de trabajo era pasiva y el Estado prescindente. ¿Podría llamarse a esto el óptimo aprovechamiento de los recursos productivos?

Por otra parte, la defensa exterior del excedente de los centros, aplicando varias formas de restricción a las importaciones provenientes de la periferia, es otra manera contraproducente de atacar este problema por cuanto priva a centros y países periféricos de las reconocidas ventajas del intercambio internacional.

No se trata solamente de la crisis del sistema global del capitalismo. Es también una crisis de las ideas y formas de acción que han quedado evidentemente a la zaga de los acontecimientos.

### 5. *La regulación macroeconómica del sistema*

No es posible volver hacia atrás y lograr la pasividad de la fuerza de trabajo y la prescindencia del Estado a fin de recuperar la invulnerabilidad del excedente. Ni tampoco disolver el excedente de tal modo que el fruto del progreso técnico se difunda socialmente mediante el descenso de los precios. Nunca ha funcionado así el capitalismo. Siempre ha existido el excedente; la praxis del sistema no ha seguido las teorías convencionales por más que se proclame su validez.

La solución del problema consiste ante todo en que el excedente desempeñe con la mayor eficacia posible su papel dinámico, esto es, que se consiga elevar el ritmo de acumulación y emplear con creciente productividad e ingresos cada vez mayores el incremento de la fuerza de trabajo así como la que ha quedado relegada con inferior productividad en el fondo de la estructura de la sociedad. Se impone el uso social del excedente económico.

Esto requiere la regulación macroeconómica del ritmo de los gastos y el ritmo de acumulación, o sea no dedicar al consumo presente el grano que tiene que apartarse como semilla a fin de expandir la producción.

¿Se va a elevar el excedente para que acrecienten su acumulación los grupos sociales ahora favorecidos en el sistema? ¿O se concentraría la acumulación en manos del Estado? ¿O se dará participación en el proceso a la fuerza de trabajo desarrollando de esta manera la difusión social del capital? He aquí asuntos fundamentales de la transformación del sistema si se ha de lograr plenamente la eficacia dinámica y la equidad distributiva.

#### 6. *El papel primordial del mercado*

Es indispensable aumentar la productividad para que esta transformación tenga éxito económico y social. Pero no basta reforzar el ritmo de acumulación reproductiva. Se impone asimismo aprovechar a fondo el potencial productivo del capital y de la fuerza de trabajo, tanto por la iniciativa empresarial como por las crecientes calificaciones de ella, que son también indispensables para contribuir al proceso productivo. Es de primordial importancia en todo ello el papel del incentivo económico en todos cuantos participan en este proceso.

Si se ha de atacar vigorosamente la transformación del sistema tiene que combinarse racionalmente el uso social del excedente con los elementos positivos del mercado, corrigiendo a la vez los elementos negativos derivados de las contradicciones de la técnica y promoviendo la competencia empresarial.

Esta crisis del capitalismo es una crisis del proceso de acumulación y no una crisis del mercado, a pesar de los elementos negativos y las fallas de su funcionamiento.

#### 7. *Crisis del capitalismo y crisis del socialismo concreto*

El capitalismo es centrípeto en el juego del mercado. Su dinámica se basa sobre la concentración privada de gran parte del fruto del progreso técnico en forma de excedente. Pero las mutaciones de la estructura de la sociedad contribuyen a dar impulso a la democratización y al progresivo

desenvolvimiento de las libertades del individuo, entre ellas la libertad empresarial y el papel del incentivo que tanto influyen en la elevación persistente de la productividad.

Este proceso y la misma dinámica del sistema traen asimismo una tendencia centrífuga de difusión de aquel fruto que termina comprometiéndose el crecimiento del excedente. De ahí la crisis del proceso de acumulación y distribución. La democratización exige pues transformar este proceso.

En el socialismo concreto el excedente se capta por el Estado y se retiene en sus manos, lo cual otorga a quienes dominan el sistema un poder económico y político incontrastable. Mediante esta concentración, las decisiones de lo que se ha de producir y consumir se toman desde la cúspide del sistema en desmedro de la libertad de iniciativa de las empresas y de los incentivos de productividad, según lo reconocen de más en más sus dirigentes, y, por tanto, se afecta el papel dinámico del excedente. La crisis del socialismo concreto es pues una crisis de productividad.

Surge entonces esta cuestión de trascendental importancia. ¿Hasta qué punto un proceso de democratización que, además de su significación en sí mismo, impulse la libertad empresarial y el juego de incentivos, sería compatible con esa concentración del poder en la cúspide del sistema?

#### 8. *Las vicisitudes del dólar y la crisis*

Las tendencias al desequilibrio que surgen de la evolución del sistema se agravan con la incontinencia fiscal y monetaria del centro dinámico principal del capitalismo. Las consecuencias internacionales de todo ello están estrechamente vinculadas al doble papel del dólar como moneda nacional e internacional. No sabríamos cerrar esta primera visión global de la crisis sin referirnos a este asunto de tanta trascendencia.

Cuesta producir el oro. Allí fincaba la virtud relativamente estabilizadora del patrón oro, sin desconocer sus fallas. La liquidación del patrón oro contribuyó a dar al dólar ese papel de moneda internacional. El dólar se produce sin costo alguno, lo cual significa dar al país que lo crea el privilegio de su creación, y también la responsabilidad de hacerlo correctamente.

La inflación interna resultante primero del desequilibrio dinámico en el centro principal del

capitalismo y agravada después por el alza del petróleo impidió regular la creación del dólar como moneda internacional. La inflación interna ha desbordado al resto del mundo difundiendo la bonanza en aquellos largos años que terminan en la primera mitad del decenio de 1970.

Y ahora presenciamos el fenómeno contrario: el de la *afluencia de dólares* hacia ese país atraídos sobre todo por las altas tasas de interés provenientes de la índole de la política antinflacionaria de aquel país. Ello ha propagado el receso económico del resto del mundo acentuando factores internos que contribuyen a provocar la crisis.

Todo esto va acompañado de importantes consecuencias en el intercambio internacional. Primero, la euforia inflacionaria ha permitido liberalizar el intercambio de los centros; y ahora el receso y la succión de dólares de todo el mundo

capitalista trastornan seriamente ese intercambio, alientan el proteccionismo y perturban el funcionamiento del régimen multilateral.

Pero no es esto solamente. La abundancia internacional de esta moneda en esta primera fase de bonanza ha engendrado el mercado de eurodólares; y éste, carente de toda regulación, provocó los fenómenos cuyas graves consecuencias son evidentes ahora. A la incontinenencia fiscal y monetaria de los Estados Unidos ha venido la incontinenencia financiera internacional con muy serios efectos en todos los países, especialmente en la periferia latinoamericana.

La reforma del sistema monetario internacional plantea pues un problema mucho más profundo que el reacondicionamiento de un mecanismo. Es un problema de relaciones de poder en el plano internacional.

## II

### La tendencia al desequilibrio dinámico interno y la inflación

#### 1. El origen estructural del excedente

La apropiación del excedente económico es un fenómeno estructural, pues la tenencia de los medios productivos, dada la heterogeneidad de la estructura de la sociedad, permite captar a sus propietarios una parte importante del incremento de la productividad debido al progreso técnico. Las innovaciones sucesivas en que se manifiesta este último no se extienden simultáneamente a toda la economía sino mediante la superposición de nuevas capas técnicas de superior productividad a capas técnicas anteriores de menor productividad, con tendencia a eliminar a las inferiores. Tal es el proceso dinámico en el cual desempeña un papel primordial la acumulación de capital (tanto en bienes físicos como en formación humana).

En el juego de las leyes del mercado, las empresas demandan fuerza de trabajo conforme las nuevas inversiones de capital incorporan las innovaciones técnicas de más alta productividad.

Esta demanda favorece principalmente a aquellos grupos que disponen de las calificaciones crecientes exigidas por la técnica (incluyendo las que conciernen a la organización cada vez más compleja de los procesos productivos). La oferta es de suyo limitada en tales grupos y la fuerza de trabajo correspondiente tiene la aptitud de compartir espontáneamente el aumento de productividad. Pero conforme se desciende en la escala de calificaciones, la oferta de fuerza de trabajo se vuelve relativamente abundante. Sucede así que al emplearse esta fuerza de trabajo en nuevas capas técnicas de creciente productividad, esa oferta relativamente abundante impide que sus remuneraciones crezcan en forma correlativa.

Hemos llamado excedente económico a aquella parte del aumento de productividad que, debido a esta competencia regresiva, sólo se transfiere parcialmente o no se transfiere a la fuerza de trabajo y queda así en manos de los propietarios de los medios productivos.

En la generación del excedente intervienen

pues las leyes del mercado (oferta y demanda de fuerza de trabajo) y la heterogeneidad de la estructura de la sociedad. Conviene aclarar que el excedente, que dimana en última instancia del progreso técnico, abarca a la vez la ganancia, el interés del capital y la renta del suelo. Hay que subrayar asimismo que se agregan al excedente las ganancias que no provienen directamente del progreso técnico sino de frecuentes desviaciones de las leyes del mercado, tales como las restricciones internas o internacionales a la competencia, así como el abultamiento inflacionario del excedente. Todo ello contribuye a acentuar la pugna distributiva.

En esta heterogeneidad estructural la distribución del poder es de importancia fundamental. La apropiación del excedente por los grupos sociales favorecidos se sustenta sobre el poder económico para hacerlo, dado por la tenencia de medios productivos y el poder político para amparar este proceso. Ello no significa negar la importancia de las aptitudes individuales en la generación del excedente. Del mismo modo las diferencias de poder social tienen importancia considerable en la adquisición de las calificaciones de todo orden que exige el progreso técnico en la producción de bienes y servicios. Y este poder social se combina con las aptitudes que demuestran los individuos en la vasta gama de actividades.

Como quiera que fuere, la intensidad de la generación del excedente depende del ritmo de acumulación de capital reproductivo que se invierte sucesivamente en nuevas capas técnicas, por una parte, y por otra, de la fuerza de trabajo que queda en capas de menor productividad y del ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo.

Tal es, en forma muy esquemática, la índole del proceso de acumulación basado sobre el excedente económico. Las técnicas que elevan cada vez más la productividad generan a su vez la acumulación de capital reproductivo, lo cual hace posible incorporar nuevas técnicas y acrecentar la productividad: tal es la secuencia dinámica del sistema basado en el excedente.

## *2. El debilitamiento del ritmo del excedente y de la eficacia con que se usa*

La dinámica del excedente tiende a debilitarse en el curso del desarrollo. Por un lado, la pe-

netración de la técnica va acompañada de continuas mutaciones en la estructura de la sociedad y en las relaciones de poder que surgen de ellas. Y, por otro, la evolución de la técnica presenta serias contradicciones. Todo ello tiende a debilitar aquella secuencia dinámica. El ritmo de acumulación influye adversamente sobre el de la productividad, y el de ésta sobre el de aquélla. Y de esta manera tiende asimismo a declinar el ritmo con que se multiplica el empleo y el ingreso.

En los tiempos pretéritos del capitalismo dominaba el poder de los grupos que captan gran parte del fruto del progreso técnico. Sin embargo, las mutaciones estructurales se manifiestan, entre otros fenómenos, en un cambio en las relaciones de poder. Así, al avanzar el proceso de democratización en los crecientes conglomerados urbanos que caracterizan al capitalismo, y en donde se manifiestan sobre todo las mutaciones estructurales del empleo, se inicia y desenvuelve el poder sindical y político de la fuerza de trabajo, aunque con grandes disparidades, pues dista mucho de ser homogénea la fuerza de trabajo, como tampoco lo son los grupos sociales favorecidos por el excedente. Como quiera que fuere, ese doble poder se contrapone al poder de captación del excedente del cual disponían anteriormente sin obstáculos los propietarios de los medios productivos. Y de esta manera la fuerza de trabajo tiende a elevar el ritmo de su consumo privado, así como de su consumo social a través del Estado. Expresado en otros términos, la fuerza de trabajo tiende a elevar su ingreso real por encima de lo que corresponde a las leyes del mercado y a la exigencia dinámica de aumentar el excedente y por consiguiente el ritmo de acumulación.

El mismo efecto ocurre cuando el Estado, además de esa y otras formas redistributivas en favor de la fuerza de trabajo, expande sus funciones en detrimento del ritmo de crecimiento del excedente, en la medida en que ellas no contribuyan al incremento de la productividad. La participación del Estado se cumple, ya sea elevando los impuestos y cargas que recaen sobre la fuerza de trabajo y de lo cual ésta trata de resarcirse, o gravando el excedente. En una u otra forma, las consecuencias son similares.

Los cambios en las relaciones de poder tienen gran relevancia dinámica. En las etapas estructurales en las cuales domina el poder de los estratos superiores, nada hay que comprometa el



ritmo del excedente como no sean factores cíclicos o accidentales: la fuerza de trabajo carece de poder redistributivo y el Estado es prescindente en la redistribución. El excedente resulta invulnerable. No así cuando sobrevienen y se acentúan estos cambios en las relaciones de poder.

No podría comprenderse la significación de estos cambios sin penetrar en la significación social del excedente. El excedente es clara expresión de una fundamental desigualdad distributiva. Y en la evolución del sistema la fuerza de trabajo trata de corregir esta desigualdad elevando sus remuneraciones por sobre lo que corresponde al juego del mercado. A su vez, el Estado, impulsado por el poder político de aquélla, otorga crecientes ventajas sociales y emplea fuerza de trabajo que la acumulación insuficiente, y otros factores, impiden emplear en ese juego del mercado. Tratan, pues, de corregir la desigualdad esencial del sistema.

Hay que distinguir, sin embargo, entre este objetivo social y los medios que se utilizan para conseguirlo, medios que tarde o temprano llevan a la crisis del sistema.

### 3. *Las contradicciones de la técnica*

Esta crisis no es solamente una manifestación de la vulnerabilidad del excedente sino de la forma en que se emplea, o sea, de la proporción del excedente y, en general, de los ingresos, que se dedica a la acumulación reproductiva. Aquí intervienen las contradicciones de la técnica. ¿En qué consisten? Son de índole diferente.

Veamos primero las que aguijan continuamente el consumo. Mientras se operan innovaciones técnicas que elevan la cuantía de los bienes sobrevienen otras que despiertan con más celeridad las aspiraciones del consumo. Son estas últimas las técnicas que en diferentes formas provocan el aumento de la demanda mediante la diversificación incesante de los mismos bienes y servicios y la creación de otros nuevos. Todo ello gracias al desenvolvimiento portentoso de las técnicas de propagación de esas aspiraciones de consumo así como de las técnicas de comunicación.

El crecimiento del consumo que así acontece se manifiesta primero en los estratos superiores, tanto en los gastos de consumo como en las inversiones de goce y ostentación de carácter no re-

productivo; y después en los estratos sociales más bajos, conforme avanza el poder redistributivo de la fuerza de trabajo, aunque desde luego con intensidad declinante. Así se van superponiendo estas diversas formas de consumo privado y social, sin que unas se hagan a expensas de las otras sino a expensas del ritmo de acumulación. A lo cual se agregan los gastos e inversiones del Estado que, aunque fueran en parte reproductivos, afectan el excedente de las empresas.

En aquellos tiempos pretéritos del capitalismo, la eficacia social del proceso de acumulación dependía fundamentalmente del grado de austeridad prevaleciente; o sea, de la proporción del excedente económico que se dedicaba a la acumulación reproductiva en lugar del consumo. Cuanto más intensa la acumulación, tanto más profundamente penetraba la técnica productiva elevando la productividad y el ingreso de todos los estratos hasta llegar a los inferiores.

Como quiera que esto haya ocurrido en esos tiempos, lo cierto es que hoy el crecimiento del consumo, impelido por la diversificación, constituye un obstáculo considerable a la acumulación de capital, cuyas consecuencias se manifiestan en la tendencia al desequilibrio dinámico que caracteriza en general al capitalismo contemporáneo.

Al subrayar la influencia de la diversificación sobre el ritmo de acumulación no podríamos dejar de mencionar la tesis keynesiana sobre la tendencia del sistema a generar un exceso de ahorro, esto es, una tesis muy diferente a la del desequilibrio dinámico expuesta en estas páginas. Cuando Keynes comenzó a escribir su teoría general, en plena depresión planetaria, la diversificación no había alcanzado las dimensiones que después adquirió. Pudo entonces concebirse que el crecimiento relativamente lento del consumo trajera consigo un desequilibrio entre el ritmo de gastos y el de la acumulación reproductiva opuesto al que se presentaría después en el sistema. ¿Cómo podría pues suponerse que Keynes, a pesar de su gran penetración intelectual, anticipara las grandes innovaciones tecnológicas que hicieron desbordar el consumo privado y social en desmedro del ahorro del sistema y de su propia dinámica?

Además de las contradicciones entre las técnicas que aumentan la cuantía de los bienes y las que los diversifican, hay otras contradicciones que mencionaremos enseguida. Me refiero en

primer lugar a la contradicción cada vez mayor que resulta de la ambivalencia entre esas técnicas que elevan la productividad pero que, al mismo tiempo, significan la contaminación del medio ambiente y la explotación irresponsable de recursos naturales no renovables. Para tratar de corregir este perjuicio ecológico, se impone generalmente invertir más capital por unidad de producto y lo mismo ocurre con las consecuencias de los adelantos científicos y tecnológicos sobre el crecimiento demográfico.

#### *4. El desequilibrio dinámico en el capitalismo periférico*

La dinámica del sistema se asienta pues en la desigualdad estructural en donde se genera el excedente. Y en el curso del desarrollo éste se vuelve vulnerable en desmedro de la intensidad de la acumulación reproductiva.

Las explicaciones anteriores acerca de la vulnerabilidad del excedente y del proceso acumulativo en el curso de las mutaciones estructurales conciernen al capitalismo en general. Es muy importante, sin embargo, señalar las grandes diferencias que, con respecto a los centros, surgen en el capitalismo periférico, debido principalmente al retardo histórico de su desarrollo y a su índole eminentemente imitativa.

En el capitalismo contemporáneo es muy pronunciada la heterogeneidad estructural de la periferia comparada con la de los centros, que ha venido disminuyendo en el curso del desarrollo. Así, en la periferia, no obstante las diferencias entre países, es muy grande aún la diversidad de capas técnicas y productividad. Y es considerable la proporción de fuerza de trabajo en capas de inferior productividad, así como el crecimiento demográfico. En consecuencia, a medida que se incorporan capas técnicas de elevada productividad resulta mayor que en los centros la proporción del fruto del crecimiento de productividad que no se transfiere a la fuerza de trabajo empleada en dichas capas técnicas y, por tanto, se retiene en forma de excedente en las empresas bajo el imperio de las leyes del mercado.

Si el capitalismo periférico fuera austero, este mayor excedente relativo permitiría un elevado ritmo de acumulación reproductiva, dando mayor impulso a la dinámica del sistema. Por el contrario, la marcada tendencia a imitar las for-

mas avanzadas de consumo de los centros se cumple en serio menoscabo de la acumulación reproductiva. Elevado consumo e inversiones de goce y ostentación en la sociedad privilegiada de consumo de los estratos superiores: tal es la característica dominante en la estructura social de la periferia. Y a medida que mejora el ingreso de la fuerza de trabajo, tanto por las leyes del mercado cuanto por su poder redistributivo, tiende naturalmente a elevarse su consumo privado y social superponiéndose al gasto privilegiado de aquellos estratos. Este poder redistributivo se manifiesta mucho antes que en la etapa correspondiente de las mutaciones estructurales de los centros. Dicho en otros términos, el retardo histórico en el desarrollo y en la incorporación del progreso técnico no significa retardo en la imitación de las formas de consumo: todo lo contrario.

En cuanto a los gastos del Estado, su cuantía suele ser relativamente superior a la que tuvieron los centros en etapas similares de su desarrollo. Esta hipertrofia del Estado contribuye al menor ritmo de acumulación, si bien parte de los gastos e inversiones del Estado contribuyen en una u otra forma al aumento de productividad.

Explícate de esta manera que la tendencia al desequilibrio dinámico interno entre el ritmo del gasto y el de la acumulación reproductiva acentuados por el fuerte ritmo de crecimiento demográfico, aparezca prematuramente en la periferia en cotejo con lo que ocurría en los centros en etapas similares de su evolución estructural, y que la inflación social emergente de este fenómeno se haya anticipado también a ellos y adquirido a la vez mucho mayor amplitud.

#### *5. La retención del excedente*

¿Por qué ese desequilibrio dinámico se manifiesta en un nuevo tipo de inflación que antes no había ocurrido? Planteada esta cuestión en otros términos: ¿por qué dicho desequilibrio no se manifiesta simplemente en una disminución del ritmo del empleo, de la productividad y del ingreso, esto es, en una menor dinámica del sistema sin que se presente el fenómeno inflacionario?

No cabría una respuesta satisfactoria a esta interrogante sin dilucidar otro asunto de indudable importancia. Hemos explicado anteriormente que el excedente económico provenía de la heterogeneidad de la estructura social en la que

el poder de los estratos superiores, que tienen la mayor parte de los medios productivos, les permite captar gran parte del fruto de la creciente productividad del sistema. Pues bien, si el excedente se apropia en esta forma ¿por qué la competencia entre las empresas no tiende a difundirse socialmente mediante el descenso de los precios?

No sucede así, sin embargo. Si no se ha despejado esa incógnita se debe acaso al razonamiento relativo a la empresa individual. Si hay excedente en una empresa debido a la mayor productividad, la competencia llevará a aumentar la producción de dicha empresa o de otras empresas y eliminar dicho excedente: solamente quedaría la remuneración a los empresarios. Si ello acontece así en la empresa individual: ¿por qué no ocurre el mismo fenómeno en el conjunto de empresas? ¿Por qué el razonamiento relativo a la microeconomía no se traspone a la macroeconomía?

Trataremos de explicarlo. Para acrecentar la producción el empresario individual tiene que elevar el empleo en el curso del proceso productivo; y los ingresos adicionales así generados se diluyen en el conjunto de la economía sin aumentar perceptiblemente la demanda de los bienes que fabrica tal empresa.

Por el contrario, en el conjunto de empresas, el crecimiento de la producción en proceso, característico de la dinámica del sistema, genera un aumento de ingresos que se traduce en un incremento de la demanda global en el mercado. Este incremento de la demanda originado en el crecimiento de la producción de bienes en proceso que saldrán más adelante al mercado es lo que permite absorber el incremento de productividad incorporado en los bienes terminados que constituyen la oferta presente. Si así no fuera, la demanda resultaría insuficiente para absorber el incremento de productividad y, por consiguiente, bajarían los precios.

Pero en el crecimiento de la producción, el tiempo es de gran importancia. En efecto, los ingresos que se pagan en la producción en proceso para obtener más adelante bienes terminados generan un aumento de la demanda en razón del mayor empleo y el alza de remuneraciones en el juego del mercado. Este aumento de la demanda no espera a que salgan con el tiempo los bienes terminados respectivos, sino que se dirige a los

bienes terminados hoy, por decirlo así, sin que el correspondiente incremento de productividad haga descender los precios. El incremento de la productividad queda así en forma de excedente en las empresas y se añade al que se había generado anteriormente.

En verdad, el excedente se va generando parcialmente en las distintas capas de la producción en proceso. De esta manera se forma el excedente global que se incorpora a la demanda global junto con los ingresos correspondientes a la fuerza de trabajo.

En consecuencia, en el curso creciente de la producción global del sistema hay dos variables de gran significación. Por un lado, el incremento de la demanda proveniente de los ingresos correspondientes al aumento de la producción en proceso de bienes futuros y, por otro, el incremento de la productividad en la oferta de bienes presentes.

#### 6. *La inflación social*

Es obvio que si este incremento de la demanda proveniente de los ingresos sobrepasara el incremento de productividad, en la producción en proceso, los precios tendrían que subir.

En esto desempeña su papel la autoridad monetaria, pues de ella depende la creación de dinero con el cual las empresas han de pagar el incremento de ingresos. Tal es la tarea reguladora que a ella le corresponde. La evolución del capitalismo ha traído aquí también cambios de gran significación en el cumplimiento de esta tarea.

¿Qué es lo que asegura la equivalencia entre el incremento de la demanda en un determinado período y el incremento de la oferta de bienes presentes en el mismo período, abultada por la mayor productividad? No podríamos contestar esta pregunta sin una escueta referencia al ciclo, que es la forma de crecer de la economía capitalista. En la fase ascendente del ciclo el incremento de la demanda tiende a superar al de la oferta debido al aumento del empleo y de las remuneraciones en el juego del mercado. En consecuencia, suben los precios y el excedente aumenta más que la productividad: se trata de aumentos de índole transitoria. Los bancos centrales, responsables de la estabilidad monetaria, procuran que el alza de los precios no exceda de límites mode-

rados a fin de atenuar, si no evitar, tensiones internas y externas en el sistema. Traspuestos estos límites, seguirán una política restrictiva que frena la fase ascendente y provoca el descenso cíclico revirtiendo los movimientos anteriores.

También podía ocurrir el descenso por la propia evolución del fenómeno. Así, cuando las empresas, en vez de emplear una parte del excedente en la acumulación que se va saturando cíclicamente lo dedican al pago de ingresos en la producción en proceso, debido a lo cual no hay un incremento correspondiente de la demanda para absorber el incremento de productividad, sobreviene el descenso de los precios.

En mis primeros escritos sobre esta materia me he referido a otro aspecto que tiene importancia y que sólo menciono aquí para no complicar esta explicación. No todo el incremento de ingresos provenientes de la producción en proceso se transforma inmediatamente en demanda de bienes finales, sino que se desvía hacia los servicios. Cuando sobreviene el descenso cíclico, esta demanda retorna hacia los bienes y contribuye a la reactivación de la economía, con lo cual se inicia un nuevo ascenso.

La autoridad monetaria desempeña una tarea difícil en la cual fue adquiriendo experiencia reguladora, no exenta de fracasos como en la Gran Depresión, originada en el centro dinámico principal del capitalismo. La innovación keynesiana se explica por este fracaso en la acción reguladora.

Como quiera que fuere en el capitalismo contemporáneo, en donde la fuerza de trabajo adquiere gran poder sindical y político, y el Estado ha dejado de ser prescindente, la autoridad monetaria encuentra problemas que no había tenido antes que afrontar.

En el capitalismo pretérito, cuando por el juego del mercado o por un incipiente poder sindical subían las remuneraciones más allá de lo que determinaba el juego del mercado y se elevaban los precios, la autoridad monetaria tenía poder suficiente para hacer retroceder las remuneraciones o aun evitar su aumento mediante una restricción crediticia. La regulación monetaria era eficaz.

Pero en el capitalismo moderno se ha llegado a una verdadera confrontación de poderes. Por una parte, el poder redistributivo de la fuerza de trabajo. Por otra, el poder regulador de la autori-

dad monetaria. Si suben las remuneraciones por el poder sindical y la autoridad monetaria despliega con firmeza su política restrictiva, las empresas no podrán aumentar a la vez el empleo y las remuneraciones. Se verán forzadas entonces a sacrificar lo primero a fin de pagar el aumento de remuneraciones. Esto eleva sus costos y los precios. Sobreviene entonces la espiral inflacionaria y asimismo el desempleo.

Tiene la autoridad monetaria un fuerte apoyo teórico en esta política. El de las teorías convencionales que consideran que el poder sindical significa una violación de las leyes del mercado lo mismo que el crecimiento exagerado del Estado. Apoyo teórico que a su vez coincide generalmente con los intereses de los grupos dominantes. Y si la autoridad monetaria persiste tenazmente en la severidad de esta política, llegará un momento en que las dimensiones del desempleo terminarán doblegando el poder sindical.

En escritos anteriores nos hemos explayado sobre estos temas. El incremento de la demanda también puede provenir del abuso crediticio dirigido al consumo o las inversiones, o sea, formas del capitalismo pretérito que se reproducen en el contemporáneo ampliando la espiral inflacionaria. Asimismo, el déficit fiscal suele adquirir gran importancia, como que es generalmente una manifestación del desequilibrio dinámico interno. A veces se pretende atacarlo con una restricción crediticia contraproducente, sobre todo cuando es fuerte el poder sindical. Ahora nos limitamos a una escueta presentación para mostrar cómo funciona el mecanismo de retención y cómo, cuando se sale de su quicio en desmedro del excedente, la autoridad monetaria se empeña en corregirlo con un considerable costo económico y social: el costo de la recuperación del excedente mediante el desempleo.

Si ello fuera una solución definitiva del problema del desequilibrio dinámico, podría acaso justificarse este costo de la política monetaria restrictiva. Pero no es así. Se necesitan otras formas de regulación macroeconómica del sistema.

Por supuesto que el empleo de la fuerza del Estado para doblegar el poder sindical tampoco ha permitido resolver este problema, como lo demuestra la experiencia latinoamericana. Y su costo político, además de económico y social, resulta ingente.

## III

Las relaciones entre centro y periferia y su  
tendencia al desequilibrio1. *El retardo histórico en el desarrollo periférico*

En páginas precedentes hemos atribuido influencia decisiva en la dinámica del desarrollo al hecho de no traducirse en descenso de los precios aquella parte del fruto del progreso técnico que no se trasladaba a la fuerza de trabajo. Este mismo hecho explica también la división del sistema en centros y periferia.

Como quiera que ese fruto se distribuía internamente en los centros en aquellos tiempos pretéritos del capitalismo, el crecimiento de la demanda global se ha concentrado en ellos, así como las inversiones necesarias para satisfacerla. Y es allí también donde se originaba la sucesión de innovaciones técnicas que caracterizan al sistema.

Se trata pues de otra consecuencia importante del fenómeno del excedente. Mal pudo el concepto de periferia figurar en las teorías convencionales que han omitido este fenómeno.

Así se explica que los países de producción primaria quedaran al margen de la industrialización. No había en los centros interés en invertir en ellos, como no fuera en el desarrollo de la producción primaria exportable y sus actividades conexas.

¿Por qué no lo hicieron aprovechando los bajos salarios de la periferia? La fragmentación económica de esta última ha tenido influencia en ello. Pero, a mi juicio, la diversificación de la demanda que se desenvuelve en los centros ha sido el factor de gran importancia. Lo hemos explicado y conviene insistir en este fenómeno. A medida que el progreso técnico aumenta la cuantía de bienes y acrecienta los ingresos, sobre todo en los grupos sociales más favorecidos, gran parte de la demanda no se dirige a los mismos bienes debido a cierta tendencia a la saturación, sino a nuevas formas de bienes o bienes diferentes resultantes de otras innovaciones tecnológicas que adquieren cada vez más significación en el curso del desarrollo. Y la acumulación del capital proveniente del excedente, así como la fuerza de

trabajo, sigue el impulso de esta dinámica. Así pues, la misma lógica del sistema daba a los centros un papel dominante.

Al quedar marginada la periferia del progreso técnico, no le correspondía participar en este proceso de diversificación productiva. Los bienes diversificados le llegaban conforme al precepto dominante de la división internacional del trabajo, esto es, a cambio de exportaciones primarias.

Tratábase de un desarrollo apendicular. Por consiguiente, no hubo una expansión global del capitalismo sino parcial y asimétrica. No se daba en la realidad aquella imagen seductora de la expansión planetaria del capitalismo y su progresiva profundización social. Y la industrialización no sobrevino espontáneamente sino por decisión de la misma periferia, especialmente a partir de la gran depresión mundial de los años treinta, para hacer frente a las consecuencias adversas de la crisis. Esta nueva etapa se inspira cada vez más en la imitación de las formas de existencia de los centros y de sus instituciones.

El desarrollo apendicular ha venido desde entonces cediendo el paso a lo que podríamos llamar el comienzo del desarrollo integral de la periferia. Mientras tanto, los centros fortalecían su superioridad económica y tecnológica. Tuvo pues la periferia que acudir a la protección a fin de industrializarse. Una protección generalmente improvisada y abusiva pero que, a fin de cuentas, le permitió crecer con ritmo superior al ritmo generalmente lento de sus exportaciones primarias.

En las condiciones desfavorables de la Gran Depresión primero y de la Segunda Guerra Mundial después, no pudo pensarse en exportar manufacturas a los centros: la industrialización tuvo que basarse necesariamente sobre la sustitución de importaciones para el mercado interno. Después hubo una cierta inercia hasta que las extraordinarias tasas de desarrollo de los centros, hasta la primera mitad del decenio de los setenta, y medidas estimuladoras de algunos paí-

ses periféricos iniciaron la exportación de manufacturas.

Comienza así, aunque en forma incipiente, a disolverse la pasividad que había caracterizado a la periferia en el capitalismo pretérito. Pero no hubo generalmente en los centros, aun en sus largos años de prosperidad, una política favorable a esta nueva forma de división internacional del trabajo diferente del esquema pretérito. No hubo respuesta ponderable a los insistentes requerimientos periféricos de un mejor trato para sus exportaciones de manufacturas. La periferia quedó, en verdad, sustraída, salvo en aspectos menores, del gran movimiento de liberalización que acontece en esos tiempos entre los centros.

No obstante las transformaciones sustanciales que así vienen ocurriendo, perviven aún en los centros conceptos que corresponden cabalmente al desarrollo apendicular. Hace algunos años parecía que se produciría alguna evolución en las formas anteriores de pensamiento, pero ahora estamos presenciando ciertas manifestaciones regresivas, especialmente en los Estados Unidos, donde hemos visto en tiempos recientes un poderoso reflorecimiento del liberalismo económico.

En aquellos tiempos pasados, inspirados en su propia conveniencia, no interesaba a los centros que el capitalismo penetrara en la periferia más allá de su papel apendicular. Ello respondía también a la conveniencia de los grupos dominantes de la periferia. Había, en verdad, una coincidencia de intereses; y quedaban sustraídas del desarrollo grandes masas relegadas de la población, sobre todo en los campos.

De acuerdo a estos conceptos elaborados en los centros, la periferia tenía que abrirse sin reservas a la economía internacional, para lo cual era necesario seguir estrictamente los principios de la división internacional del trabajo, sin medidas artificiales que trabasen el juego de las leyes económicas; y también abrirse incondicionalmente al capital extranjero.

Mientras esos principios de la división internacional del trabajo reforzaban cada vez más la vinculación económica entre los centros, la periferia quedaba fragmentada económicamente fuera de este proceso unificador. Esta fragmentación, la apertura comercial y financiera, y la creciente superioridad económica y tecnológica de aquéllos, constituían fuertes pilares sobre los

cuales se sustentaba su hegemonía, particularmente la del centro dinámico principal de esos tiempos.

No obedecen estas consideraciones a un simple prurito histórico que escaparía al objetivo de estas páginas. No es eso, sino que esos conceptos del desarrollo apendicular constituyen a mi juicio el trasfondo de ciertas actitudes notorias en la actualidad. En estos momentos de avance impetuoso de la técnica en los servicios se nos recomienda la apertura a ellos, como también a las importaciones de bienes en que se manifiestan esos avances técnicos. Vuélvese a impugnar la sustitución de importaciones. Y se exaltan a la vez las ventajas que para nuestro desarrollo tendría la libre inversión extranjera por el conducto eficiente de las transnacionales.

Hemos sostenido reiteradamente en la CEPAL que la sustitución de importaciones no es una preferencia doctrinaria sino una respuesta a las consecuencias del retardo histórico de la industrialización, y a aquella superioridad económica y tecnológica de los centros.

## *2. Las innovaciones diversificadoras de bienes y servicios*

No podríamos comprender la exclusión de la periferia del movimiento de liberalización que se opera en los centros sin tener en cuenta las innovaciones tecnológicas que dan gran impulso a la diversificación. La liberalización fue en última instancia la consecuencia de estas innovaciones realizadas principalmente por las transnacionales y el papel dominante que ellas desempeñan en el intercambio de los centros.

El incremento de la productividad y del excedente permitió desplazar capital y fuerza de trabajo desde las actividades donde la demanda crecía con relativa lentitud a las favorecidas por tales innovaciones.

El intercambio estaba impulsado por los desplazamientos de la demanda antes que por el descenso de los precios. Estos descienden principalmente en bienes cuya demanda se debilita desplazándose hacia nuevas formas o nuevos bienes: es un descenso residual.

La demanda de bienes diversificados también tiende a crecer con celeridad en el capitalismo cada vez más imitativo de la periferia. Pero en contraste con ello, la producción de estos bienes,

debido al retardo histórico de la industrialización, va continuamente a la zaga del crecimiento de la demanda. Tiene pues que satisfacerse con importaciones, cuyo ritmo de ascenso supera al de las exportaciones primarias, salvo casos excepcionales.

### 3. *La tendencia al desequilibrio externo*

De esta manera, a la tendencia al desequilibrio dinámico interno se agrega la del desequilibrio dinámico externo. La periferia trata de corregirlo mediante la exportación de manufacturas. Pero los centros son renuentes a aceptarlas libremente.

En realidad, está surgiendo un nuevo fenómeno en el plano internacional, puesto que la competencia periférica, contrariamente a lo que ocurre internamente en los centros, no se caracteriza tanto por la diversificación de los bienes sino por el descenso de sus precios por tratarse, cabalmente, de aquellos bienes en que la demanda tiende a crecer con relativa lentitud en los centros; y ello da lugar a ese nuevo fenómeno que antes no se había dado, a saber, la incipiente vulnerabilidad exterior del excedente de aquéllos. Si bien el desempleo así originado por la competencia periférica no llega a serias dimensiones, se agrega al proveniente del desequilibrio dinámico interno y los centros se defienden con medidas restrictivas a las importaciones, que impiden una baja de precios adversa al crecimiento del excedente.

Reflexiónese acerca de lo que todo esto significa. El desequilibrio dinámico interno, como hemos procurado demostrarlo más arriba, lleva fatalmente a un nuevo tipo de inflación; y la autoridad monetaria no dispone de otro instrumento a su alcance para enfrentarla que la restricción crediticia. Ya sabemos que sus consecuencias son contraproducentes, a saber, un considerable desperdicio de recursos productivos. En fin de cuentas, el instrumento monetario está muy lejos de corregir los factores responsables del desequilibrio estructural. Asimismo, las restricciones que dificultan las importaciones de la periferia impiden obtener ventajas recíprocas de un intercambio industrial de bienes tecnológicamente poco avanzados por otros tecnológicamente cada vez más avanzados, en detrimento del ritmo de desarrollo de centros y periferia.

Esto es lo que se pensaba algún tiempo atrás, cuando irrumpieron las transnacionales en la industrialización periférica. En aquellos largos años de prosperidad de los centros, se suponía que ellas desempeñarían un papel muy importante en la internacionalización de la producción, mediante el desenvolvimiento de nuevas formas de intercambio industrial. De esta manera, la periferia podría contrarrestar su desequilibrio exterior gracias a estas nuevas formas de intercambio. Pero no ha sido así, pues si bien las transnacionales tienen un papel importante en la industrialización periférica y en el intercambio recíproco de países periféricos, no lo es menos que, por la índole misma de sus innovaciones tecnológicas concentradas en los centros, no contribuyen sustancialmente a la penetración en ellos de las importaciones periféricas.

### 4. *La vulnerabilidad externa del excedente*

La vulnerabilidad externa del excedente de los centros no es algo que pueda examinarse fuera del contexto de su desarrollo global. Hemos visto cómo acontece el desplazamiento de la demanda impelido por las innovaciones tecnológicas diversificadoras. La diversificación de la demanda no podría darse sin el crecimiento del ingreso gracias al incremento de la productividad y la formación del excedente, de donde sale primordialmente la acumulación de capital para responder a esos cambios en la demanda. Cuanto más intenso es este fenómeno dinámico tanto más se abren posibilidades de desplazamiento del propio excedente de las industrias en las cuales la demanda crece con relativa lentitud.

Ahora bien, la vulnerabilidad del excedente está ocurriendo en los centros por su desequilibrio dinámico interno y comienza también a ocurrir por la competencia periférica, con lo cual el desplazamiento de abajo para arriba se torna más difícil y lleva a la restricción de las importaciones de origen periférico.

Esto no significa que si el ritmo de desarrollo de los centros fuera elevado carecería de toda importancia la vulnerabilidad externa. Me inclino a creer que no es así. En esos años de bonanza, en que centros importantes satisfacían una parte de su elevada demanda de fuerza de trabajo mediante la inmigración extranjera, se abstuvieron

sin embargo de liberalizar sus importaciones de manufacturas.

No se trata solamente de presiones políticas adversas a la liberalización. La dinámica del sistema se sustenta fundamentalmente en el crecimiento del excedente. En el fondo, la defensa del excedente se opone a aquella liberalización valiéndose, como ya sabemos, de las más diversas medidas restrictivas.

Podría afirmarse, sin embargo, que también ocurren casos de competencia interior. Internamente la disminución del excedente en las industrias afectadas está compensada por su aumento en las que compiten con éxito. El excedente global sigue manteniendo su capacidad de acumulación dentro del mismo país. Por el contrario, en el caso de la competencia externa, el aumento del excedente ocurre en la periferia mientras su descenso acontece en los centros.

El concepto implícito en los razonamientos convencionales, según el cual el progreso técnico se traduce en baja de precios y la acumulación depende del movimiento de las tasas de interés, impide la dilucidación de estos fenómenos. Suele decirse en los centros que las actividades afectadas por la competencia periférica tienen que defenderse con innovaciones técnicas que hagan descender sus costos. Correcto. Pero cabe considerar si esas actividades van a seguir produciendo los mismos bienes o van a emplear su excedente en la diversificación. El caso difiere pues del de la competencia periférica.

##### 5. *El excedente agrícola y su vulnerabilidad*

Esta última consideración me lleva a tratar el problema tan importante que acarrearán las innovaciones técnicas en la agricultura. Allí las posibilidades de diversificación de bienes son sumamente limitadas, sobre todo cuando las innovaciones se extienden en una forma u otra a todo el ámbito productivo. La tierra no puede desplazarse como el capital a la producción de bienes diversificados. De ahí que las innovaciones que aumentan la cuantía de la producción más allá de la capacidad absorbente de la demanda traen consigo el descenso de los precios debido a la elasticidad relativamente baja que caracteriza a estos bienes. El fruto del progreso técnico tiende de esta manera a trasladarse a los consumidores

dejando con frecuencia en precaria situación a los productores agrícolas.

Este hecho explica las medidas intervencionistas del Estado en países importantes. Así, en los Estados Unidos se ha tratado desde mucho tiempo atrás de frenar el descenso de los precios agrícolas mediante diversas medidas restrictivas de la producción en los bienes exportables o de las importaciones en los bienes sujetos a la competencia exterior. Algo similar ocurre en la Comunidad Económica Europea. Y cuando las medidas de defensa no son suficientes, se acude a liquidar sobrantes a cualquier precio en el mercado internacional.

Esto acontece aun en tiempos en que se predica la excelencia de las leyes del mercado, sobre todo cuando la periferia preconiza la conveniencia de los convenios de productos básicos para corregir o atenuar el deterioro de los términos del intercambio.

Siempre recuerdo, por la significación que entraña, la recomendación que nos hacía uno de los más eminentes expertos de Estados Unidos cuando en la CEPAL comenzamos a sostener que la industrialización era una exigencia ineludible del desarrollo. Si pretenden desarrollarse, se nos dijo, introduzcan vigorosamente el progreso técnico en la producción primaria. ¿Pero cómo emplear la fuerza de trabajo redundante que el aumento de productividad trae consigo? ¿Cómo evitar el deterioro o, por lo menos, minimizarlo? La protección industrial —moderada— por cierto, tendría la virtud de desplazar inversiones de la agricultura hacia la industria y otras actividades para conseguir este objetivo.

En verdad, tratábase de intereses diferentes. Lo que interesaba y sigue interesando a los centros es el descenso de los precios de los productos primarios que importan. Esta afirmación parecería contradecir lo que en este mismo capítulo hemos expresado acerca de la competencia periférica. Aparente contradicción. Puesto que el descenso de los precios de los productos primarios agranda el excedente de los centros en tanto que el descenso del de las manufacturas lo vulnera.

Esto me lleva a insistir, a riesgo de cansancio, en la importancia de incorporar el excedente como una de las claves más importantes en el ámbito interno y mundial.



## IV

## Teorías y realidad del desarrollo

1. *La imagen del equilibrio general*

El reconocimiento de la gran importancia de la iniciativa empresarial en el mercado y del incentivo económico que la estimula, así como del papel de este incentivo en la eficiencia de la fuerza de trabajo, está contribuyendo a exaltar la significación de las teorías neoclásicas. Comparto plenamente ese reconocimiento (al que no escapa ahora el socialismo concreto) pero disto mucho de considerar que el mercado y las leyes de su funcionamiento constituyen el supremo regulador de la economía.

Las teorías neoclásicas así lo sostienen: dejadas a sí mismas las fuerzas del mercado, sin intervenciones perturbadoras, tienden hacia el equilibrio general del sistema económico. Esta concepción del equilibrio y el rigor matemático de su demostración es lo que más seduce en aquellas teorías.

Me ha costado mucho desembarazarme de ellas después de haberme convencido, gracias a la observación de los fenómenos reales, que la evolución del sistema lleva fatalmente al desequilibrio: al desequilibrio dinámico interno, tanto en los centros como en la periferia, y al desequilibrio en las relaciones entre ésta y aquéllos.

No lo vieron así, no lo ven todavía, los teóricos neoclásicos porque circunscriben el mercado a aquellos elementos positivos y a la significación del sistema de precios. Pero omiten en cambio la acción de otros factores responsables de tales desequilibrios que alejan cada vez más al mercado del paradigma neoclásico.

2. *Las diferencias más significativas*

Dedico este capítulo a examinar ese divorcio entre aquellas teorías y la realidad, comenzando por presentar las principales diferencias entre el pensamiento neoclásico y el funcionamiento real del sistema que he tratado de interpretar en las páginas anteriores.

De acuerdo con los razonamientos neoclásicos, el fruto del progreso técnico se distribuye socialmente en virtud del juego de la competen-

cia. Sostengo que gran parte de ese fruto se retiene en manos de los propietarios de los medios productivos en forma de excedente. El excedente se sustenta pues sobre la desigualdad social.

El excedente tiene un gran papel dinámico, puesto que de él sale primordialmente la acumulación de capital reproductivo que multiplica el empleo, la productividad y el ingreso. El pleno cumplimiento de este papel exige, por un lado, que la fuerza de trabajo sea pasiva y el Estado prescindente y, por otro, que se dedique una elevada proporción del excedente a la acumulación en vez del consumo. Tal ha sido el capitalismo pretérito, al menos en lo concerniente al crecimiento del excedente.

El libre juego de las leyes del mercado y la tendencia cada vez mayor a la diversificación de bienes y servicios no aseguran el cumplimiento de estas condiciones.

En efecto, en el curso de la evolución del sistema, la fuerza de trabajo y el Estado se empeñan en compartir el fruto del progreso técnico en desmedro del crecimiento del excedente y la acumulación reproductiva. Esto debilita el cumplimiento del papel dinámico de aquél y sobreviene la crisis del sistema. La crisis es el desenlace del capitalismo contemporáneo.

Esta crisis escapa a las teorías neoclásicas que omiten la estructura social y sus mutaciones. También omiten en sus razonamientos las contradicciones de la técnica: el deterioro ecológico y el crecimiento de la población resultante de los adelantos científicos y tecnológicos. Para los neoclásicos todos estos son fenómenos exógenos que no tienen por qué perturbar la pureza doctrinaria de sus lucubraciones. Es cierto que Malthus señaló a comienzos del siglo XIX el conflicto potencial entre el ritmo de crecimiento de la población y los recursos limitados del sistema. Pero tampoco llegó a integrarse este fenómeno en las teorías del equilibrio general que construyeron aquellos teóricos decenios después. Se reconoce ahora, sin embargo, la necesidad de regular el crecimiento de la población, ¡pero no la de regular el sistema!

Desde otro punto de vista las teorías neoclási-

cas suponen la expansión espontánea del capitalismo en el ámbito planetario. Pero la realidad es muy diferente. Los países de producción primaria quedan al margen de la industrialización en los tiempos del capitalismo pretérito. Su desarrollo es esencialmente apendicular al de los centros.

Según tales teorías, la industrialización tiene que ser espontánea y no lograda artificialmente mediante la protección. Pero las crisis de los centros llevan a la periferia a desviarse de las leyes del mercado e industrializarse. Comienza así a desenvolverse su desarrollo integral.

Gracias a la industrialización deliberada la periferia ha llegado, con el andar del tiempo, a ser competitiva en una extensa gama de bienes. Pero los centros se oponen a aceptar las leyes del mercado en el plano internacional y se apartan de ellas aplicando toda suerte de restricciones a las importaciones provenientes de la periferia. Proclamaban las ventajas comparativas cuando la periferia no tenía industrias. Y ahora que las tiene las desconocen.

A fin de cuentas, la evolución del sistema, por las mutaciones estructurales y las contradicciones de la técnica dista mucho de conducir al mejor aprovechamiento de los recursos productivos, como lo sostienen las teorías neoclásicas.

Dicho sea de pasada, los economistas neoclásicos prescinden también del tiempo en el proceso productivo y no consiguen por ello captar el importante fenómeno de la retención del excedente estructural.

Supusieron implícitamente que "la oferta crea su propia demanda", o sea, la simultaneidad de la creación de ingresos con la producción de los bienes correspondientes. No percibieron que la demanda proviene de los ingresos generados en el proceso productivo de bienes futuros y no en el de la oferta presente, fenómeno éste de la mayor importancia.

### 3. *El libre juego de las leyes del mercado*

Su alejamiento de la realidad explica definitivamente la impotencia de las teorías neoclásicas frente a las tendencias al desequilibrio del sistema. Para atacar el desequilibrio interno recurren a una restricción monetaria que, además de traer un gran desperdicio de recursos productivos, no remueve los factores fundamentales que lo provocan y expone al sistema a la reaparición de

aquél. Y en cuanto al desequilibrio exterior, cuando la periferia se empeña en corregirlo agregando sus exportaciones de manufacturas a las primarias, los centros recurren a toda suerte de medidas proteccionistas para evitar la vulnerabilidad externa del excedente a costa de las ventajas comparativas del intercambio.

Es realmente paradójico que a pesar del divorcio entre la teoría y la realidad se sigan proclamando las virtudes del libre juego del mercado, y se siga sosteniendo que las leyes del mercado conducen a la mejor asignación de los recursos productivos. ¿Para quién es mejor? Si se trata de los grupos sociales estructuralmente favorecidos en la distribución del fruto del progreso técnico, la asignación sería correcta. Pero si se trata de los grupos menos favorecidos y de los estratos inferiores relegados en el fondo de la estructura social, la asignación dista mucho de serlo.

Asimismo, si se trata de los centros, la asignación de recursos sería correcta para ellos desde el punto de vista global. Pero si consideramos a la periferia, en que el libre juego de las leyes del mercado había dejado al margen a la industrialización: ¿podría decirse que el libre juego traería consigo la mejor asignación de recursos desde el punto de vista internacional?

No pudo resolverse este problema de exclusión sin la industrialización deliberada de la periferia.

Los centros se han opuesto a la protección mediante la cual la periferia dio impulso decisivo al proceso industrializador. Sostenían que en el juego del mercado la solución correcta era bajar los salarios a fin de compensar la superioridad económica y tecnológica de los centros.

Y con tal propósito preconizaban la devaluación monetaria. La devaluación traería consigo el descenso de los precios de los productos primarios que ya eran competitivos. Solución inaceptable para la periferia puesto que de esa manera transferiría al exterior por lo menos una parte del fruto del progreso técnico; pero muy conveniente para los centros, pues el descenso de los precios primarios dilataría su excedente.

La CEPAL se empeñó desde sus primeros tiempos en esclarecer estos problemas y sostuvo la economicidad de la protección dentro de ciertos límites, siempre que su costo global fuera inferior a esa pérdida de ingresos en las exportaciones. Dentro de estos límites, la protección per-

mitiría elevar el ritmo de desarrollo interno.

En esta materia se plantea también para los centros un problema de fondo. Las exportaciones de manufacturas de la periferia sólo han comenzado gracias a la incorporación de tecnologías de los centros y menores salarios. Y conforme ella avanza en su industrialización las exportaciones podrán entrar progresivamente en líneas de tecnología cada vez más avanzadas. Tienen pues los centros que enfrentar un serio dilema. Si continúan imponiendo medidas restrictivas y unilaterales, pierden o cercenan las ventajas comparativas del intercambio. Y si reducen los salarios, valiéndose indirectamente de la devaluación, ésta tendrá la clara consecuencia de trasladar al exterior parte de la productividad de sus propias actividades exportadoras.

No sería éste un hecho esporádico, si no que atañe a la misma dinámica del sistema que exige el acrecentamiento persistente del excedente.

Esta impotencia de las teorías neoclásicas frente al desequilibrio externo e interno del sistema las lleva a claudicar de sus propios principios, por más que sigan sosteniendo que las leyes del mercado conducen a una óptima asignación de los recursos productivos. Pero estos desequilibrios no son los únicos casos. En efecto, he mencionado en el capítulo anterior el problema que el progreso técnico plantea en la agricultura. Mientras en los bienes manufacturados la diversificación sobrepasa la tendencia a la saturación de la demanda, las escasas posibilidades de hacerlo en la agricultura la exponen a transferir interna o externamente el fruto de su progreso técnico. Un problema, que como aquellos otros, dista mucho de haber alcanzado una solución racional.

#### 4. *La ética del desarrollo*

Si las teorías neoclásicas no han enfrentado la pugna distributiva que se desenvuelve en el curso del desarrollo es porque en ellas hay una ética subyacente cuando sostienen que en el equilibrio general del sistema las remuneraciones de los factores se determinan de acuerdo con su contribución al proceso productivo. El razonamiento es perfectamente lógico, pero muy alejado de la realidad debido a las contradicciones de la técnica y las mutaciones de la estructura de la sociedad.

De ahí las grandes fallas de estos razonamientos que no pueden corregirse con refinamientos matemáticos.

Aquí llegamos a la sustancia del problema. Es claro que si el fruto del progreso técnico se distribuyera como sostienen aquellas teorías, no habría justificación alguna para la acción sindical y política de índole redistributiva. Pero ello no es así; gran parte del fruto del progreso técnico se capta y retiene por los grupos sociales favorecidos del sistema, tanto por el poder de apropiación del excedente como por el poder social de los grupos favorecidos.

Se impone pues aquella acción para compartir ese fruto. Dada la índole del sistema, no le es posible a la fuerza de trabajo elevar su propio gasto privado y social a expensas del consumo de los grupos sociales favorecidos, sino que este gasto se agrega al de estos grupos y también a los gastos del Estado, todo ello en desmedro del ritmo de crecimiento del excedente y, por tanto, de la inversión reproductiva. Para restablecer la dinámica del sistema, se provoca el desempleo mediante el instrumento monetario.

En esta forma, el ajuste recae sobre la fuerza de trabajo. En verdad, como la dinámica del sistema se sustenta sobre la desigualdad social, si se pretende corregir esta desigualdad más allá de ciertos límites el sistema reacciona con la inflación. El instrumento monetario para combatirla hace retroceder a la fuerza de trabajo, no sólo en lo que hubiera avanzado en su propio consumo privado y social más allá de lo que determina el juego del mercado, sino también para hacer frente a los gastos del Estado en la medida que no se logre reducirlos; y también para satisfacer el consumo de los grupos sociales favorecidos.

En la segunda mitad del siglo XIX el rigor de las teorías neoclásicas y su concepto del equilibrio general pretendieron dar una respuesta científica a la tesis marxiana de la plusvalía; alegaron, en efecto, que la teoría ricardiana del valor adoptada por Marx carecía de significación científica. Y aunque la tuviera, procuraron demostrar que el juego de la competencia disolvería socialmente la plusvalía, lo mismo que el excedente, como en otra parte se ha mencionado.

Si se prescindiera de la índole estructural del excedente, así como de las contradicciones de la técnica y de las mutaciones de la estructura de la sociedad (o sea de una parte importante de la

realidad), podría impugnarse con sólidos argumentos la teoría marxiana. Creyeron los neoclásicos, en su tiempo, haberla destruido, sin sospechar su enorme significación política; así como no logran captar ahora la índole del excedente y su papel decisivo en el desarrollo capitalista.

El concepto de plusvalía negaba la ética subyacente en el pensamiento neoclásico. Sin embargo, el razonamiento teórico en que se asienta aquélla fue al extremo de sostener que la plusvalía tomaba arbitrariamente de los trabajadores una porción del producto social que en justicia les corresponde. Lo mismo podría decirse del excedente, a saber, que los propietarios de los medios productivos captan lo que no les corresponde. En verdad, el excedente representa una parte importante del fruto del progreso técnico, el cual a su vez; deriva de los adelantos científicos. Si hubiéramos de atribuirlo en justicia, retrocediendo en el tiempo histórico, a la sucesión de hombres de ciencia y de innovadores tecnológicos, nos encontraríamos frente a un problema imposible de resolver científicamente.

No hay solución científica. La solución es fundamentalmente ética: el excedente corresponde a la sociedad en su conjunto y tiene que emplearse de acuerdo con principios éticos.

Es esencial, sin embargo, que esta distribución, guiada por principios éticos, sea dinámica y no se malogre estáticamente. En efecto, para que el progreso técnico penetre cada vez con mayor profundidad en la estructura de la sociedad, extendiendo a toda la colectividad sus frutos, se requiere que una parte adecuada de este fruto se dedique a la acumulación de capital reproductivo. De esta manera, distribución equitativa y acumulación forman parte integrante de la ética del desarrollo. Y para cumplirla se necesita racionalidad, esto es, una racionalidad vinculada a la consecución de objetivos éticos.

##### 5. *La regulación macroeconómica del excedente*

Estos objetivos éticos no podrían conseguirse en el juego del mercado sino por la regulación del excedente y su uso social.

¿En qué consiste esta regulación? Es necesario partir de este concepto inicial: el mercado carece de eficacia en la determinación de la parte global de excedente que ha de dedicarse al gasto y a la acumulación reproductiva. Ya hemos expli-

cado en otro lugar cómo los gastos privados y sociales de la fuerza de trabajo y los gastos civiles y militares del Estado se superponen a los gastos de los grupos sociales privilegiados; y sostenido, a la vez, que no hay mecanismos espontáneos dentro del mercado que aseguren la compatibilidad de estos distintos gastos entre sí y del conjunto de ellos, así como la cuantía que se dedica a la acumulación reproductiva. Cada uno de estos renglones de gastos podría justificarse separadamente, pero no en el conjunto de ellos, si se tiene en cuenta el ritmo de la acumulación necesaria.

Un ritmo de gastos que debilita el de la acumulación obliga fatalmente a reducirlos a un nivel inferior al que hubieran tenido si hubiesen crecido de manera espontánea. Pero la reducción no recae equitativamente sobre todos los grupos sociales sino sobre las partes más débiles del sistema.

Se impone regular macroeconómicamente ambos elementos para que resulten dinámicamente compatibles. Es una exigencia primordial del desarrollo.

##### 6. *La eficacia social del capitalismo*

No se daba la tendencia al desequilibrio dinámico en aquellos tiempos pretéritos del capitalismo, a que nos referimos en otro lugar. ¿Quiere decir que esas teorías respondían entonces a la realidad del desarrollo capitalista? Sería un gran error teórico. Es cierto que no se había dado una crisis como la de los tiempos presentes, fuera de las cíclicas. Digo esto porque en aquellos tiempos, lo mismo que ahora, no se había cumplido una de las suposiciones básicas de la teoría, a saber, la difusión social mediante el descenso de los precios correlativa al aumento de productividad, en la medida en que no se trasladaba a la fuerza de trabajo, quedaba en forma de excedente. Pero aun en tales tiempos el mercado no pudo asegurar por sí mismo la eficacia social del capitalismo en todo el contexto del sistema, o sea, la penetración cada vez más profunda de la técnica en la estructura de la sociedad gracias a la acumulación del excedente. Ello dependía fundamentalmente del grado de austeridad del sistema, esto es, de un fenómeno esencialmente cultural.

Se concibe, sin embargo, que en un capitalismo austero también pudiera llegarse a una crisis del proceso acumulativo aun cuando la fuerza de

trabajo fuera pasiva y el Estado prescindente, o sea, si se dieran las condiciones esenciales del paradigma neoclásico. La crisis provendría de un fenómeno progresivo de eutanasia del excedente.

En efecto, cuanto más alto fuera el ritmo de acumulación, tanto más intenso sería el desplazamiento de fuerza de trabajo de capas técnicas inferiores a capas técnicas superiores. Y al disminuir cada vez más la proporción de aquéllas y corregirse así progresivamente la heterogeneidad estructural, crecería espontáneamente la aptitud de la fuerza de trabajo para elevar sus remuneraciones en forma correlativa al incremento de la productividad en el mismo juego del mercado, aun en ausencia de poder redistributivo. Y como el excedente es la parte de esta última que no se transfiere a la fuerza de trabajo, ello terminaría paradójicamente por debilitar el ritmo de la misma acumulación y volvería indispensable la transformación del proceso.

Si me desvío un momento de esta hipótesis es para reforzar una conclusión a la cual atribuyo gran relevancia. He dicho reiteradamente que la dinámica del sistema se basa sobre el excedente, lo cual es una clara expresión de la desigualdad social en la distribución del fruto del progreso técnico. En el curso de la democratización, el poder sindical y político de la fuerza de trabajo trata de atenuar esta desigualdad y el excedente se vuelve vulnerable, así como por el desenvolvimiento del Estado. Las consecuencias de estos fenómenos llevan a la crisis de la acumulación. Y acabo de mencionar también que, con el andar del tiempo, la austeridad del sistema podría desembocar asimismo en una crisis del proceso de acumulación, si es que lleváramos al extremo el razonamiento teórico prescindiendo de las mutaciones estructurales y las contradicciones de la técnica.

¿Qué significa esta conclusión teórica? Que la dinámica del sistema sustentada sobre el excedente constituye una categoría histórica en el desarrollo capitalista y esta categoría termina en una forma o en otra en una crisis. Es una categoría histórica que se ha superado.

El sistema no tiene formas espontáneas de resolver esta crisis. Esta crisis tiene que resolverse mediante la transformación racional del proceso de acumulación y distribución del ingreso. Se impone pues entrar en una nueva categoría his-

tórica si el sistema ha de preservar y acrecentar su capacidad de bienestar humano, tanto en los centros como sobre todo en el capitalismo periférico.

### 7. Teorías e intereses

Más de una vez he manifestado que la persistencia de las teorías neoclásicas no solamente se deba a su rigor lógico sino también a que responden a intereses de fuerte gravitación política.

En los tiempos del capitalismo pretérito convenía a los grupos sociales la existencia y el acrecentamiento del excedente. Había que dejar que el juego del mercado —la ley de la oferta y la demanda— determinara las remuneraciones; y que el Estado fuera prescindente en la distribución del ingreso.

En la segunda mitad del siglo XIX las teorías neoclásicas habían ignorado el fenómeno estructural del excedente bajo la influencia de los intereses dominantes. Convenía desde luego a esos intereses que continuara sin contrapeso alguno la apropiación por los estratos superiores de gran parte del fruto del progreso técnico.

No es extraño que al desenvolverse progresivamente el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y elevar el Estado la proporción de sus gastos, los neoclásicos hayan impugnado estos hechos considerándolos una violación de las leyes del mercado.

A la luz de esta interpretación no es extraño tampoco que los neoclásicos preconicen la política monetaria para atacar la crisis inflacionaria del sistema, pues ello significa en última instancia frenar el poder sindical de la fuerza de trabajo hasta hacerla aceptar remuneraciones menores frente al desempleo resultante. Explícate en esta forma que aun gobiernos inspirados en consideraciones de equidad social se vean forzados a seguir esta política a fin de corregir el desequilibrio dinámico, pues dada la índole del sistema, no tienen a su alcance otras formas de regulación.

Termina así, dramáticamente, la ilusión de creer que en el curso del proceso de democratización se va contrarrestando definitivamente el poder de los estratos dominantes. Ilusión, porque tarde o temprano la necesidad de impulsar la dinámica del sistema induce a tales gobiernos a procurar el restablecimiento del excedente haciendo recaer el costo sobre la fuerza de trabajo,

si bien con disparidades. Termina imponiéndose el poder de los estratos favorecidos gracias al instrumento monetario.

Del mismo modo la crisis del sistema lleva a detener o reducir los gastos sociales del Estado, generalmente antes que otros gastos, entre ellos los gastos de carácter militar, a fin de reducir o eliminar el déficit fiscal que suele ser expresión del desequilibrio dinámico del sistema.

Es obvio que en esta forma se trata de restablecer la pasividad de la fuerza de trabajo y la prescindencia distributiva del Estado, desconociendo que ello no es una arbitrariedad sino la consecuencia de la apropiación de gran parte del fruto del progreso técnico por los estratos superiores.

Si prevalecieran consideraciones de equidad, la fuerza de trabajo tendría que participar más y más en el fruto del progreso técnico y en el proceso acumulativo. Es inevitable que esto se cumpla a expensas del consumo de los grupos sociales favorecidos y también de las aspiraciones de consumo de una parte de la fuerza de trabajo, a fin de elevar la acumulación de capital y la productividad, especialmente en aquellos estratos relegados en el fondo de la estructura social.

He aquí el problema fundamental que tiene que afrontar en el capitalismo el arte político del desarrollo; no obstante su gran vigor, la crisis del sistema está llevando a una notoria frustración, obligando a retroceder en las remuneraciones y servicios sociales a un nivel inferior al que se hubiera logrado de haberse conseguido un ritmo de crecimiento regular.

Se impone la transformación del proceso, tarea muy difícil que requiere primero una dilucidación teórica. En vez de la pugna distributiva cuyo desenlace es el desequilibrio dinámico y la inflación habrá que lograr un consenso social bajo el signo eminente del Estado.

La experiencia dirá si será indispensable pasar por sucesivos trastornos antes de llegar a ese consenso social que, inspirado en la equidad, restablezca racionalmente la dinámica del sistema. Y también que se consiga este objetivo en plena compatibilidad con el desenvolvimiento espontáneo de la iniciativa empresarial en el mercado. Esto último no significa ignorar las serias fallas del mercado, que suelen ser llamadas benévolamente imperfecciones. Estamos muy lejos de aquella visión de Adam Smith de miles y miles de

empresas en plena concurrencia. Hubiera sido difícil sino imposible en esos tiempos imaginar el fenómeno de concentración que dimana no sólo de exigencias de la técnica sino del mismo proceso de acumulación.

También respondían a intereses dominantes de los centros las teorías del intercambio y de la división internacional del trabajo, que tanto retardaron históricamente la industrialización periférica.

Había en realidad coincidencia de intereses entre los exportadores de manufacturas de aquellos y los exportadores primarios de la periferia, siempre opuestos a una protección que encarecía sus importaciones de bienes de consumo y de capital.

Ese concepto pretérito de la división internacional del trabajo dejaba grandes masas de la periferia al margen del desarrollo. Tarde o temprano la presión de estas masas y también de ciertos grupos dirigentes habría traído consigo la industrialización; la crisis de los centros se encargaría de acelerarla. Que la protección haya resultado abusiva y arbitraria es otro asunto.

En forma similar, la gravitación del interés de las actividades perjudicadas por las importaciones industriales y agrícolas de los centros se traduce en medidas restrictivas o prohibitivas de la competencia periférica, sin que se haya llegado tampoco a un consenso que asegure la obtención de las ventajas recíprocas del intercambio.

### 8. Una teoría global del desarrollo

El empeño de interpretar esta crisis del capitalismo a la luz de teorías convencionales conduce a grandes frustraciones así en el pensamiento como en la acción. Se impone elaborar una teoría global del desarrollo que integre a la vez los centros y la periferia, como que son parte de un mismo sistema.

A veces se ha interpretado que, habiéndonos dedicado a examinar los fenómenos periféricos que se desenvolvían en nuestro propio campo visual, nos animaba el peregrino designio de elaborar una teoría periférica diferente de las teorías elaboradas en los centros. Estas teorías adolecían a nuestro entender de un falso sentido de universalidad, de donde surgían conclusiones

acerca de la *praxis* de nuestro desarrollo que la realidad volvía inaceptables. Hay que recordar, sin embargo, que unas y otras no habían penetrado a fondo en el proceso vital de acumulación y su significación estructural. Sin duda que el examen de este fenómeno podría ayudarnos en la elaboración de una teoría global del desarrollo.

Esta teoría global tiene que ir más allá de lo puramente económico. Habráse notado que no hablo de sistema económico sino simplemente de sistema. Pues el sistema del capitalismo integra diversos elementos que no podrían omitirse en una teoría global. Ya mencionamos que la estructura de la sociedad está sujeta a continuas mutaciones que acompañan a la penetración de la

técnica y que ésta presenta crecientes contradicciones. Mal podría una teoría global encerrarse en el marco arbitrario de una teoría económica cuando la realidad abarca a la vez elementos técnicos, económicos, sociales, culturales y políticos ligados entre sí por relaciones de mutua dependencia. En esas mutaciones de la estructura social cambian también las relaciones de poder, que intervienen tanto en la apropiación originaria del fruto del progreso técnico como en su ulterior redistribución. Que el juego de estas relaciones se extiende al campo internacional está dicho al pasar cuando mencionamos la hegemonía de los centros sobre la periferia, especialmente la del centro dinámico principal del capitalismo. De ello nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

## V

### Reflexiones finales

#### 1. *La inflación periférica y su significación política*

Nunca se había dado como ahora en la periferia latinoamericana una combinación tal de factores adversos a su desarrollo. Las consecuencias de una crisis internacional que se prolonga por demás, agravan y complican la crisis interna de nuestros países.

Todos ellos, unos más y otros menos, se debaten en la inflación. No se trata por cierto de un fenómeno simplemente monetario. Hemos procurado demostrarlo en estas páginas. Proviene de factores profundos que se mueven en el seno de la sociedad y la van desintegrando. Allí se conjugan las consecuencias estructurales de la evolución de la técnica y sus contradicciones.

Ha quedado lejos el Estado prescindente y la pasividad de la fuerza de trabajo. Prescindente en cuanto a la redistribución del ingreso, pero no a la distribución originaria del fruto del progreso técnico, por cuanto el Estado se sustentaba en un poder político que era la expresión de los grupos sociales favorecidos en la apropiación de aquel fruto, principalmente en forma de excedente económico.

Hoy, en contraposición a esos grupos existen otros que los enfrentan con creciente poder, alentados por el proceso de democratización. Es-

tos grupos parecían tener una gravitación redistributiva cada vez mayor. Pero conforme ello acontece, se fue erosionando el poder político sobre el que se sustenta el Estado. Por cuanto esos grupos, en el curso de una pugna redistributiva, tienden a sobreponerse al Estado. El Estado no está demostrando aptitud para dominarlos y encauzar la distribución y el proceso de acumulación de capital.

Frente a esta impotencia del Estado y la erosión del poder político, el sistema tiende fatalmente a la exacerbación de la espiral inflacionaria. Y las tentativas de contenerla tienen fugaz duración además de ser contraproducentes. Pues al Estado sólo le queda un instrumento anacrónico, depresivo y regresivo, que es el instrumento monetario.

Es verdaderamente paradójico lo que sucede con el Estado. Tiende a la hipertrofia con múltiples responsabilidades que conspiran contra su propia eficacia; y con la proliferación de intervenciones que perturban la libertad económica de empresas e individuos e incapacitan cada vez más al mismo Estado para cumplir su papel de supremo regulador de que carece el mercado.

No se busque solamente la solución de este grave problema en cambios institucionales que promuevan el correcto funcionamiento del proceso democrático y el restablecimiento de ese

poder político sobre el cual ha de basarse el Estado. Es importante pero no es todo. Se necesita, asimismo, y ello es ineludible, la transformación del proceso de apropiación del fruto del progreso técnico, de su distribución y de la acumulación de capital que impulse intensamente el desarrollo económico, con gran sentido de equidad social.

No será posible suprimir la diversidad creciente de intereses que las mutaciones de la estructura social traen consigo. Pero es indispensable poner concierto y disciplina en la pugna distributiva mediante un consenso social que restablezca el poder político del Estado y le otorgue aquella función reguladora.

Ha llegado el momento histórico de una gran síntesis entre esa función reguladora del Estado y el juego del mercado, en el cual se desenvuelve, con el mínimo de trabas, la libertad económica de empresas y consumidores.

Tarea muy ardua, intrincada y compleja. Tiene que precederse de un gran esfuerzo de esclarecimiento y persuasión, de un diálogo libre de preconceitos dogmáticos. Pero esto requiere tiempo y persistencia de propósitos.

Mientras tanto se impone abordar soluciones inmediatas. Aquel consenso social que tendrá que venir tarde o temprano debiera iniciarse sin demoras con una política de ingresos que a la vez de encaminar el sistema hacia la equidad, aliente la participación (y también la responsabilidad) de la fuerza de trabajo en la acumulación reproductiva. Lo cual exige previamente lograr la recuperación del excedente sobre todo donde ha sufrido un gran desmedro inflacionario. Habrá que conjugar la disciplina fiscal con la contención de las remuneraciones para conseguir esa recuperación del excedente a fin de promover la acumulación reproductiva.

Y aquí surge la necesidad de una decisión de gran significación económica y social: ¿seguirán acumulando solamente los grupos sociales hasta ahora favorecidos o acumularán también y en forma progresiva las grandes capas sociales que tienen que frenar sus aspiraciones, al menos momentáneamente?

Es muy sabido que el FMI ha establecido unilateralmente y de tiempo atrás un régimen de condicionalidad que a todos nos preocupa y que suele inspirarse en principios dogmáticos que no coinciden con los requerimientos del desarrollo

periférico. Alguna vez el Fondo ha mencionado la necesidad de una política de ingresos. Es muy lamentable sin embargo que, a pesar de su gran experiencia, no haya elaborado y sometido una política semejante a la discusión en los foros pertinentes. Tarda en hacerlo, acaso porque el FMI sigue considerando la inflación periférica como un problema monetario, sin entrar en su profundo origen estructural, esto es en los problemas de desequilibrio dinámico del sistema.

El otro problema que hemos examinado en este trabajo es la tendencia al desequilibrio dinámico externo en el desarrollo de la periferia. Los economistas convencionales de los centros suelen seguir negando esa tendencia, inspirados como están en el concepto de un sistema que también tiende hacia el equilibrio general en el plano internacional.

Hay en ellos, como en sus congéneres de los países periféricos, fuertes reminiscencias de aquellos conceptos que dominaron en los tiempos del desarrollo apendicular de aquéllos: había que abrir de par en par las puertas al capital extranjero y abstenerse de tomar medidas (reputadas artificiales) para promover la industrialización.

Es entonces cuando se plasmó un concepto que, sin ser explícito, ha dominado aquellos tiempos del desarrollo apendicular y sigue aún teniendo vigencia, según se ha expresado en otro capítulo. A los centros les interesaba el desarrollo periférico sólo en la medida en que favorecía sus propios intereses.

Explicase de este modo su oposición a la industrialización de la periferia. Abominaron de ella en los primeros tiempos, y, sobre todo, de la substitución de importaciones, como también dijimos en lugar pertinente. Y al aceptar finalmente la industrialización como un hecho consumado recomendaron poner más bien el acento en la exportación de manufacturas. Y cuando la periferia pudo conseguir hacerlo, los centros, lejos de adoptar una actitud que coincidiese con esta recomendación, añadieron nuevas trabas y restricciones a las que habían mantenido de mucho tiempo atrás.

Tal es hoy en día el estado de cosas prevaleciente en esta materia y, sin embargo, tiende a volverse a ciertas formas de pensamiento pretérito de las cuales conviene prevenirse a tiempo por



la gran significación que presenta para nuestros países.

Me refiero al giro que parecería estar tomando la política exterior de los Estados Unidos.

## 2. Significación de la nueva política económica de los Estados Unidos

Este país viene experimentando un desequilibrio exterior de crecientes dimensiones, originado en buena parte por la sobrevaluación monetaria; ésta, a su vez, es consecuencia de las tasas de interés extraordinariamente elevadas mediante las cuales se están succionando cuantiosos recursos del resto del mundo a fin de cubrir parte del déficit fiscal.

La sobrevaluación alienta intensamente las importaciones de los Estados Unidos y desalienta sus exportaciones. Pero, por una razón u otra, no se prefiere corregir el déficit exterior resultante con reajustes fiscales y monetarios, sino por medidas directas concernientes al intercambio.

Se persigue el objetivo de estimular las exportaciones, sobre todo de bienes tecnológicamente avanzados, así como de servicios en los cuales el progreso técnico ha sido también muy intenso. Y se subraya, asimismo, el propósito de ejecutar esta política sobre bases de reciprocidad, o sea, que la liberalización del comercio por el resto del mundo de aquellos bienes y servicios exportados por los Estados Unidos sería acompañada de la liberalización de sus importaciones desde tales países.

Se discurre en estos momentos acerca de una nueva ronda de negociaciones internacionales de liberalización similar a las que tanto éxito han tenido en el pasado en el intercambio de los centros.

Entrar en este asunto sería sobrepasar el ámbito de estas reflexiones. Sólo quisiera referirme a la significación de esta nueva política para la periferia. Pero conviene recordar antes los términos en que se plantea el problema de su intercambio con los centros.

En tal intercambio hay una tendencia persistente al desequilibrio exterior que hemos explicado en otro lugar, tendencia estructural diferente al fenómeno que hoy experimentan los Estados Unidos.

Para corregir este desequilibrio sólo hay dos medios, a saber, el aumento de las exportaciones

y la sustitución de importaciones. La intensidad de la sustitución no dependió de una preferencia doctrinaria sino del grado de receptividad de los centros a las exportaciones periféricas: no está de más repetirlo.

Parecería obvio que si la periferia cumpliera el designio de los Estados Unidos y abriera sin reservas sus mercados a aquellos bienes y servicios tecnológicamente avanzados, además de otros, se acentuaría la tendencia al desequilibrio exterior. En tal caso, de acuerdo con el principio de reciprocidad, los Estados Unidos, así como los otros centros participantes en tales negociaciones internacionales, tendrían que liberalizar las importaciones provenientes de la periferia. En las rondas mencionadas se habían logrado reducciones impresionantes de los aranceles que estimularon fuertemente el intercambio de los centros, especialmente en los bienes provenientes de innovaciones tecnológicas. La periferia, carente de tales bienes por el retardo histórico de su industrialización, fue dejada casi al margen de las medidas liberalizadoras.

¿Es que los centros estarían dispuestos a desbaratar las restricciones que de tiempo atrás estorban las importaciones de bienes tecnológicamente menos avanzados provenientes de la periferia?

Caben serias dudas de que esto pueda ocurrir. No sólo en tiempos recientes sino de mucho tiempo atrás los centros han puesto trabas a esas importaciones provenientes de la periferia, aun en épocas en que el desempleo era bajo. En verdad, se proponían en esta forma defender el excedente de las actividades afectadas por los menores precios de las importaciones. Si bien ello es por ahora de moderadas dimensiones, podría alcanzar grandes proporciones, sobre todo si el respeto a los principios multilaterales extendiera la liberalización a las otras regiones en desarrollo. Más aún, mientras no se consiga disminuir sustancialmente el desempleo que ahora prevalece en los centros no sería fácilmente concebible un cambio tan radical de actitudes.

¿Cómo se resolvería o, por lo menos, se aliviaría este problema mientras no se ataque a fondo el desequilibrio dinámico de estos últimos de donde proviene el desempleo estructural?

¿Estarían dispuestos los centros a admitir realmente una competencia periférica de esa índole? ¿O procurarán más bien fórmulas interme-

días que regulen esta competencia de acuerdo, en el mejor de los casos, con un régimen concertado con la periferia a fin de promover el crecimiento regular de las importaciones sin que se acentúe el desempleo o que éste ocurriera en forma absorbible?

Sin desconocer el impulso que de esta manera podrían alcanzar las exportaciones de manufacturas y algunos productos agrícolas, disto mucho de creer que ello sería suficiente para eliminar el desequilibrio presente y satisfacer el volumen cada vez mayor de importaciones que una elevación del ritmo del desarrollo de la periferia y la liberalización de sus importaciones traerían consigo.

Hay que evitar la ilusión de suponer que aceptar la liberalización de las importaciones de bienes y servicios avanzados que tratan de conseguir los centros, tendría el efecto benéfico de extremar sus medidas de reciprocidad en favor de las importaciones provenientes de la periferia. No lo creo así, salvo en la medida limitada que se dijo, y, por lo tanto, la periferia debiera continuar su política sustitutiva.

En verdad, acentuar esta política constituye una exigencia ineludible del desarrollo, sobre todo si se ha de elevar su ritmo. Y la amplitud que requiere alcanzar depende fundamentalmente de la receptividad de los centros a los bienes que exportan los países periféricos. En otros términos, es necesario combinar el estímulo a esto último con el avance del proceso sustitutivo.

A esta altura de la evolución industrial de la periferia, especialmente de los países que más avanzaron, sería indispensable realizar este proceso sustitutivo en mercados más amplios que los nacionales mediante la producción concertada entre diversos países y el intercambio recíproco. Aquí se imponen también nuevas formas de acción, pues las concebidas hace un cuarto de siglo no han conseguido, a no ser modestamente, los resultados positivos que de ellas se esperaban.

Todo esto ha de encararse desde un punto de vista dinámico. Tanto la expansión exportadora como las industrias sustitutivas irán trayendo consigo una creciente capacidad tecnológica y empresarial que, a favor del excedente, permitirá evolucionar hacia industrias de tecnología más avanzada. De esta manera, los países periféricos, unos antes y otros después, se irán acercando a las formas de intercambio de los centros.

### 3. *El aperturismo financiero*

Además de esta apertura comercial de la periferia, el centro dinámico principal preconiza el aperturismo financiero, esto es, la eliminación de todo condicionamiento a la inversión extranjera y al funcionamiento de las transnacionales.

No hay que desconocer que las transnacionales, en cooperación con el Estado y la iniciativa privada, podrían contribuir al desarrollo de acuerdo con nuevas reglas de juego, esto es conforme a una política bien definida y acorde con las exigencias de aquél.

Cada país periférico tendrá que determinar en qué campos le conviene la cooperación de las transnacionales y qué campos quedarán reservados a la propia iniciativa, sea porque ya ha adquirido la necesaria tecnología o porque habría otros medios eficaces de lograrla.

El ceder ante el aperturismo, sobre todo en tiempos de crisis como estamos viviendo, no sólo traería consecuencias adversas, tanto económicas como políticas, sino que también se cerraría el paso hacia el encuentro de nuevas fórmulas. Basta recordar que si en el pasado se hubiera cedido a insistentes presiones, no se habrían podido alcanzar esas fórmulas en una materia de tanta trascendencia como es el petróleo. En esta materia se advierte asimismo cierta proclividad a inspirarse en ideas que respondían a aquel concepto de desarrollo apendicular.

En la periferia han ocurrido grandes cambios que traen consigo la necesidad de extremar su desarrollo integral. Para esto tiene que continuar superando progresivamente la inferioridad tecnológica que caracterizaba el desarrollo apendicular. Si abriera de par en par las puertas a las importaciones y a las inversiones extranjeras sin condicionamiento alguno no podría conseguir este objetivo, pues las actividades tecnológicamente más fuertes de los centros terminarían prevaleciendo en desmedro del vigor del desarrollo de la periferia.

### 4. *La coincidencia fundamental de intereses*

Esto no atañe solamente a la economía. Esos grandes cambios son también de índole política y cultural. La periferia no está aislada, sino que se encuentra cada vez más bajo la influencia de la

evolución política y cultural de los centros y de los medios masivos de comunicación en el ámbito internacional. Se va extendiendo de esta manera el proceso de democratización con todo lo que tiene aparejado y se va afianzando la conciencia del desarrollo integral.

No es posible retroceder al pasado ni en las relaciones con los centros ni en el desenvolvimiento interno. Hay que superar definitivamente los resabios del desarrollo apendicular implícitos en la insistencia en un aperturismo comercial y financiero incondicional. Explicábase el aperturismo comercial cuando en el viejo esquema de la división internacional del trabajo las ventajas comparativas determinaban el intercambio de productos primarios con manufacturas. No había ventajas comparativas en bienes industriales porque sencillamente no había industrias en la periferia. Hoy las hay en toda una gama de bienes competitivos. Que estos bienes hayan comenzado a vulnerar externamente el excedente de los centros, no significa que no pueden encontrarse soluciones que, sin provocar trastornos, permitan recoger esas ventajas comparativas.

Hay pues una convergencia de intereses. También la había en el desarrollo apendicular; pero éste carecía de profundidad social. El desarrollo integral exige esa profundización y el encuentro de fórmulas nuevas y promisorias de coincidencia de intereses.

Por primera vez en el capitalismo, la periferia podría tener influencia dinámica sobre los centros a través de nuevas y crecientes formas de intercambio.

De ahí también la necesidad de una política esclarecida de inversiones extranjeras que contribuya a elevar el ritmo de desarrollo periférico pues ello traería consigo una continua ampliación del campo de las ventajas comparativas.

Todo ello bajo el signo de la autonomía del desarrollo. Autonomía y coincidencia de intereses darán una base firme al objetivo de convivencia política. Tenemos que convivir con el centro principal y los otros centros, es un hecho incontrastable. La intensidad de su desarrollo es de importancia fundamental para la periferia.

##### 5. *La incontinencia monetaria y financiera*

No será fácil esa convivencia basada en ciertas coincidencias de intereses. El caso de las transna-

cionales bancarias es una clara ilustración de ello. Cuando sobrevino una gran liquidez internacional en el mercado de eurodólares el poder financiero de aquéllas se impuso plenamente. El FMI y el Banco Mundial —instituciones de Estado— quedaron al margen de las operaciones de crédito internacional: las transnacionales privadas, actuando libremente, serían agentes eficaces de asignación de recursos en el campo internacional, se afirmaba con insistencia en los tiempos de euforia. Lejos de esto hubo irresponsabilidad, compartida por los países deudores. El incentivo de ganancias ha llevado a esas transnacionales a prescindir de normas elementales de prudencia y previsión.

El problema es, desde luego, muy hondo y conviene hacer una esquemática presentación de sus términos más importantes. Su origen radica en la política fiscal y monetaria del centro dinámico principal. La política antinflacionaria que ahora siguen los Estados Unidos es el reverso presente de la inflación que venía ocurriendo de tiempo atrás, acentuada después por el alza del petróleo; y esta inflación a su vez, es la clara expresión del desequilibrio dinámico de su economía que se manifiesta principalmente en el déficit fiscal. En el déficit gravitan sobre todo los gastos sociales y los gastos militares del Estado. Y la renuencia a cubrirlos con impuestos y reducción de gastos, ha llevado a acudir al ahorro interno y a la atracción de recursos exteriores mediante elevadísimas tasas de interés. Tal es el cuadro bien conocido.

En este cuadro, preocupa cada vez más el monto creciente del desequilibrio exterior. Por primera vez desde antes de la primera guerra mundial los Estados Unidos se han vuelto deudores y la carga de intereses tiende a dilatar el déficit fiscal de un modo preocupante. También preocupan las consecuencias exteriores de estos fenómenos. En efecto, el desequilibrio contribuye a hacer muy difícil la recuperación de la economía europea, pues acentuaría la salida de dólares. Además de las que los Estados Unidos provoca mediante altas tasas de interés.

Estas tasas de interés traen crecientes dificultades a los países deudores de la periferia, tanto más grave, cuanto más se siente la incidencia sobre sus exportaciones de la crisis de los centros y el recrudecimiento de su proteccionismo.

No es concebible que pueda continuarse así

sin llevar a los otros centros, así como a la periferia, a muy drásticas medidas de defensa y a una completa ruptura del multilateralismo, como sucedió a consecuencia de la política seguida por los Estados Unidos para afrontar la gran depresión mundial.

La corrección del déficit fiscal de los Estados Unidos haría posible una política expansiva en los países afectados; pero crearía a la vez nuevos problemas que no sabríamos ignorar.

¿Qué efectos internacionales tendría el descenso de las tasas? ¿Podría suponerse que los recursos cuantiosos ingresados a los Estados Unidos quedarán allí? ¿O sobrevendrá la liquidación de las inversiones de tales recursos trayendo consigo el movimiento inverso de retorno?

Si esto último ocurriera plantearíanse otras incógnitas: ¿Se garantizaría el valor de la deuda a fin de prevenir o moderar el retorno? Si ello se hiciera: ¿Se volvería a crear dólares a fin de cubrir ese retorno? ¿O habrían los Estados Unidos de recurrir al FMI, el cual tendría que recurrir a nuevas fuentes de recursos por ser insuficientes los que tiene?

Como quiera que fuere podría acontecer nuevamente una excesiva liquidez monetaria internacional. Habría llegado entonces la oportunidad de aprovechar las lecciones del pasado a fin de evitar los mismos errores. No habría que dar nuevo ímpetu al mercado de euromonedas prescindiendo de toda regulación.

Este incentivo resulta generalmente eficaz en la actividad productiva, pero traspuesto al campo monetario lleva a serias consecuencias. La creación de dinero tiene que estar regulada también en el plano internacional; pero la banca privada resistió a toda tentativa de regulación; y a los dólares originados en la inflación de los Estados Unidos se añadió la multiplicación inflacionaria de ellos en el mercado de eurodólares. Por eso el problema de la deuda es un problema esencialmente político: hay que corregir lo que se ha dejado hacer livianamente.

Por otra parte, el continuar con las elevadas tasas de interés y la succión de recursos internacionales podría tener muy graves repercusiones, sobre todo para los países deudores. Guiados por

el propósito de redimirse de su imprevisión los bancos privados exigen que los deudores compriman sus importaciones a fin de lograr el pago de sus pesados intereses y ello tiene que cumplirse comprimiendo toda la economía, debido a una actitud teórica contraria a una política selectiva de importaciones. De todos modos, los servicios cada vez más pesados están oprimiendo severamente el desarrollo y dificultando la expansión de la economía. Todo ello tiene su límite y este límite es muy cercano. Es de buena previsión evitar que se trasponga. Se impone pues, en forma apremiante, una solución política.

Los recursos de ese posible acrecentamiento de la liquidez podrían captarse mediante la emisión de bonos destinados, primero, a la transformación a largo plazo y bajas tasas de interés de la deuda opresiva de la periferia; y, en seguida, a responder la necesidad ineludible de contribuir a la recuperación de las economías de la periferia, postradas como están por los efectos de la crisis. En uno y otro caso los recursos líquidos volverían a los centros en pagos de deudas o de exportaciones.

Todos estamos pendientes de lo que haga Estados Unidos. Pero no podríamos esperar indefinidamente sin tomar nuestras propias medidas de defensa y adaptación constructiva. En mi larga existencia he presenciado de cerca y tenido que actuar a veces frente a las consecuencias adversas de las vicisitudes de los centros: la gran depresión, la segunda guerra y la posguerra, la euforia inflacionaria y su desborde internacional. Y ahora frente a las consecuencias de la política antinflacionaria del centro dinámico principal.

He presenciado también los grandes aciertos de este último: el Plan Marshall, el apoyo a la Unión Europea de Pagos, a la Comunidad Económica Europea y también a la Alianza para el Progreso, malograda poco después de nacer. Gran visión y sentido creador, como se necesita también en estos tiempos. Los necesita asimismo la periferia para atacar sus graves problemas. Visión y sentido creador que tarda en llegar en todas partes.